



A LAS 11, SESION DE TIRO

clark carrados

A LAS 11, SESIÓN DE TIRO

CLARK CARRADOS

A LAS ONCE SESION DE TIRO

1.ª EDICIÓN
JUNIO - 1962



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

DEPOSITO LEGAL B 9500 - 1962

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962

N. R. 677/62

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección **BISONTE**:
670 — Río Furias. 725 — La mina fantasma. 738 — Límites de sangre.

En Colección **SERVICIO SECRETO**:
611 — Muerte por correspondencia. 615 — Sonata de sangre. 618 — La espada y la balanza.

En Colección **BUFALO**:
382 — Círculo de odio. 396 — El tren de las 7,30. 438 — Capitán Fracaso.

En Colección **CONGO**:
6 — Sahara en rojo.

En Colección **SALVAJE TEXAS**:
279 — El honor de un pistolero. 297 — El juez Damas. 307 — La vuelta del yanqui.

En Colección **CALIFORNIA**:
233 — El parador del infierno. 240 — Doble rescate. 294 — Comerciante en balas.

En Colección **COLORADO**:
83 — Cita en el desierto. 106 — ¡Bandidos! 228 — Seis al infierno.

En Colección **KANSAS**:
204 — La hija del *sheriff*.

En Colección **PUNTO ROJO**:
5 — Los murciélagos.

A las 11, sesión de TIRO

por CLARK CARRADOS



CAPÍTULO PRIMERO

La bala abrió un pequeño orificio estrellado en el cristal y destrozó un jarrón de porcelana situado sobre una consola, haciéndolo volar en mil pedazos.

Respingué. No lo pude evitar. Por muy bien templados que uno tenga los nervios, no se puede sino pegar un salto en el asiento cuando, sin previo aviso, alguien le dispara un tiro y la bala pasa a menos de un metro de distancia.

La mujer me dijo:

—No tema, señor Glengan. No le disparan a usted. —Tomó un sorbo de su refresco con toda tranquilidad y luego, levantándose de su silla, se acercó a un cordón que pendía de la pared, al cual dio un par de tirones.

Acto seguido regresó a su asiento y continuó:

—No le tiran a usted, sino a mí.

La puerta se abrió, y un tipo alto, de cara de palo, apareció bajo el dintel.

—¿Señora? —dijo con voz inexpresiva.

—Baptiste, llama por teléfono al bastardo de mi hijastro y dile que son las once y dos minutos. Quiero saber por qué se ha retrasado un minuto y diez segundos en el disparo de todos los días.

—Sí, señora —contestó el mayordomo, sin mostrar el menor asombro.

El que estaba asombrado era yo al ver la manera de comportarse de la dueña de la casa y de su mayordomo. Éste llegó a la mesita del teléfono y, levantando el aparato, marcó una cifra.

—¿Señor Rellon? La señora Corkins desea saber los motivos de su retraso en el disparo de todos los días… Muy bien, señor, se lo diré en el acto.

Colgó el teléfono y miró a su ama.

—El señor Rellon me dice que le diga lo siguiente: «Váyase al

infierno, —vieja bruja».

La «vieja bruja» no se inmutó tan siquiera.

—Baptiste, llama a mi hijastro y dile que es un hijo de perra.

—Sí, señora.

Mientras el mayordomo cumplía lo ordenado, miré a la dueña de la mansión.

Elaine Corkins era una mujer corpulenta, casi tan alta como yo, de unos cincuenta y cinco años de edad. Tenía los hombros muy anchos y un busto de dimensiones industriales, una cintura como la rueda de un camión pesado y unas caderas descomunales, todo lo cual daba a primera vista la sensación de indudable pesadez. Pero yo la había visto moverse por la habitación y aún conservaba una agilidad notable para sus años y su volumen anatómico.

Años atrás debía haber sido muy bella. Aún conservaba en el rostro rasgos de su pasada hermosura, que debió ser afeada un tanto, sin embargo, por la dureza diamantina de sus ojos grises, que semejaban dos trozos de vidrio helado. Por supuesto, conservaba la misma incendiaria vitalidad que debió haber animado su borrascosa juventud.

Baptiste colgó el teléfono.

—En señor Rellon me ordena que le diga a usted lo siguiente, señora: «¡Gorda asquerosa y repugnante!». Los dientes de la dueña de la casa chirriaron.

—Está bien, Baptiste. Retírate.

El mayordomo curvó el espinazo. Cómo no se partió en dos, al igual que una rama seca, es algo que todavía no he conseguido explicarme.

Al quedamos solos, Elaine Corkins se puso en pie. Acercóse a la consola y tomó en sus dedos algunos de los trozos que habían quedado del búcaro. Yo continuaba sentado, guardando silencio.

De pronto se volvió hacia mí.

—Señor Glengan, quizá le parezca que somos una familia de chiflados al obrar de este modo. Nada más lejos de la realidad, sin embargo. Escuche y sabrá los motivos por los cuales le he hecho llamar.

»Ese Lon Rellon es hijastro mío, como usted ha tenido ocasión de apreciar. Tiene una hermana, viuda, llamada Fay Clarence. Éste es el apellido de su difunto esposo, Raymond Clarence, muerto,

según dicen, a consecuencia de una peritonitis. Éste fue el dictamen oficial; aunque yo sostengo que la causa de su muerte fue una indigestión de arsénico.

»Hace veinte años me casé, siendo ya viuda, con Lon Rellon padre. Lon hijo tenía entonces quince, y Fay ocho. Nunca me miraron bien mis hijastros. Traté de ganarme su afecto, y lo hubiera conseguido con la pequeña, de no haber sido porque el mayor tenía mucha influencia sobre ella y consiguió transmitirle el odio que había adquirido hacia mí desde el primer día.

»Lon, mi esposo, se dio cuenta de ello y trató de suavizar las aristas. No consiguió nada. Antes al contrario, se fueron agudizando las diferencias, hasta abrirse entre ellos y yo un abismo sentimental imposible de salvar.

»Mi esposo aportó al matrimonio una gran fortuna. Era muy rico, ésta es la verdad. Me quería mucho y no temo pecar de exagerada si afirmo que me amó más que a la madre de Lon y Fay. Pero, claro, éstos eran sus hijos y la recordaban todavía, puesto que nuestro matrimonio tuvo lugar antes de los dos años de la muerte de su primera esposa.

La mujer hizo una pausa y encendió un cigarrillo. Yo hice lo propio.

—Lon hijo no perdonó nunca a Lon padre su segundo matrimonio. Si no llegó a sentir odio por él, lo que sentía se le pareció bastante. Y consiguió transmitir tales sentimientos a su hermana Fay. Mi esposo sufrió mucho durante los últimos años de su vida, porque los quería a ellos, cosa lógica, y me quería también a mí, cosa no menos lógica. Cuando el varón se hizo mayor, se separó de su padre, llevándose a la muchacha consigo al tener Fay la edad suficiente para ello. Mi esposo se ofendió muchísimo, y aunque no los desheredó del todo, sí dispuso que la mayor parte de la fortuna pasara a mi poder al morir él.

»Lon murió hace un año escaso… No dejó a sus hijos sin un céntimo, por supuesto. Lon y Fay heredaron la casa que se ve desde aquí y una renta de mil dólares, que mis abogados les pagan puntualmente. El testamento está clarísimo y es inatacable, míreselo por dónde se lo mire. Ni siquiera han intentado la impugnación ante los Tribunales, sabiendo que sería una pérdida vana de tiempo y de dinero.

»En cambio, para obligarme a que les ceda la fortuna que, según ellos, no me pertenece, puesto que su padre la heredó de su primera esposa, han emprendido contra mí una guerra de nervios, a fin de obligarme a claudicar.

Elaine Corkins soltó una estridente carcajada.

—¡Qué poco me conocen a mí esa pareja de bigardos! —Sus ojos me miraron furiosamente durante unos segundos—. Si hubieran acudido a mí con el sombrero en la mano, no humillándose, sino procediendo en forma correcta, como debieran haber procedido con la que durante veinte años fue la esposa de su padre, les hubiera cedido no ya la mitad de la fortuna, sino también las tres cuartas partes.

»¿Para qué infiernos quiero yo tanto dinero? ¿De qué me sirven a mí esos millones? Tengo cincuenta y cinco años, parezco una ballena y hace mucho tiempo ya que perdí mis ilusiones de juventud. Pero lo que nunca he perdido ha sido mi fuerza de voluntad. Ellos quieren obligarme a que les entregue ese dinero; pues bien, yo les demostraré cuál de los dos bandos es el más fuerte. Por eso le he llamado a usted, señor Glengan.

La dueña de la casa tiró el cigarrillo con furia, sin importarle mucho dónde caía. Se acercó a la mesita de licores y sirvió dos dosis del refresco, entregándome un vaso cuyo vidrio estaba empañado por la frialdad del hielo.

—Quiero que vea a mis hijastros, especialmente a él, a Lon. Yo no le hablo siquiera, como ha podido apreciar. Vaya y háblele. Convénzale por las buenas de que actuando de esta forma pierde el tiempo lamentablemente. Si se pone terco, dele una buena paliza. No le asusten los riesgos, yo corro con todos los gastos. Pero no quiero oír más disparos todos los días a las once de la mañana. ¿Me ha comprendido?

—Perfectamente —dije, contemplando la pared junto a la cual había estado el búcaro, y en la cual podían contarse hasta más de treinta impactos de bala. ¡Vaya una manera original de reclamar una herencia!—. Usted lo que quiere es tomar su refresco de las once de la mañana sin sobresaltos.

—Pongamos que sea así —respondió la señora Corkins, con acento que no me pareció tan firme como el de sus anteriores palabras.

—Pero, según parece —objetó—. Lon Rellon no quiere matarla. Sólo trata de intimidarla.

—Figúrese usted que un día se le hinchan las narices y tira a dar. O yerra el tiro.

—Sí —concordé—. Es muy posible que pueda suceder tal cosa. Y usted quiere evitarlo a toda costa.

—Así es. Por eso le he llamado. Vaya y vea a Lon Rellon. Háblele en mi nombre. Sea diplomático primero y guerrero después, si la diplomacia falla. ¿Comprende?

—Del todo. Se explica usted con meridiana claridad, señora Corkins. Todo lo que tengo que hacer yo es convencerle por las buenas de que venga a esta casa con el sombrero en la mano. Si no quiere hacerlo así, entonces debo desenvainar la espada. ¿Hasta qué límites?

—Mientras no sean irreparables, lo dejo a su discreción. Pago una fortuna a mis abogados, de modo que ellos le sacarían del apuro si fuera necesario.

Apoyé los codos en el sillón y junté las yemas de los dedos.

—¿Se da cuenta de que si me meto en un lío que termine en un juzgado puedo perder mi licencia de detective privado? —pregunté.

—En tal caso, le indemnizaría con la suma de diez mil dólares —afirmó Elaine Corkins—. Además, le facilitaría un buen empleo en alguna de mis empresas. La parte económica, pues, la tiene asegurada, señor Glengan.

Asentí con la cabeza.

—¿Por qué me eligió a mí precisamente? En Los Ángeles hay docenas de investigadores privados. Incluso en San Bernardino conozco uno muy bueno…

—¡Bah! Basura y porquería todos. Hablando sinceramente, me lo recomendó el capitán Ballantyne, de la policía de Los Ángeles.

—Le conozco —observé pensativamente—. Un buen oficial de policía.

—Debía algunos favores a mi esposo, y cuando ese cerdo de Lon Rellon empezó a molestarme, le pedí ayuda. Ballantyne me dijo que él no podía hacer nada, ya que esto cae fuera de su jurisdicción. Añadió que podía hablar con el *sheriff* de San Bernardino, pero yo le dije que quería llevar las cosas con el máximo de discreción. Entonces me recomendó a usted.

—Sí —dije, pensando en el sustancioso cheque de mil dólares con que la señora Corkins había acompañado su carta de llamada—. No fue mala idea del todo.

Me puse en pie y miré a través del cristal agujereado.

—¿No tendría a mano unos prismáticos, señora Corkins? —pregunté.

El cara de palo me los trajo un minuto después. Entonces examiné el lugar desde donde había sido hecho el disparo.

A trescientos cincuenta metros del lugar en que me hallaba, había un edificio de estilo colonial español, rodeado de un exuberante jardín y en una de cuyas terrazas veíase una amplia piscina. El edificio era muy hermoso y daba la sensación de lujo y comodidad.

No era el único, por cierto. En un espacio de cinco o seis millas a la redonda, se veían quince o veinte casas más, todas ellas de diferentes estilos arquitectónicos, aunque en la mayoría de ellas predominaba el futurismo más rabioso. Todas, sin excepción, tenían jardín y piscina.

—Encuentro muy extraño que en medio del desierto pueda florecer una vegetación tan exuberante —observé.

—Mi esposo tenía un olfato excepcional para según qué clase de negocios —contestó Elaine Corkins—. Por este lugar, a unos doscientos metros bajo tierra, pasa una gran vena de agua, que vale más que una mina de oro. Calcule, en este desierto apenas si llueve, el año que más, ocho días. Las precipitaciones son mínimas, lo cual significa que el buen tiempo está prácticamente garantizado en toda época del año. Naturalmente, con calor y agua abundante, las plantas se desarrollan magníficamente. Lon supo adivinar lo que sucedería y compró los terrenos a un precio irrisorio.

—Las casas que se ven, ¿son suyas o solamente lo fueron los terrenos? —inquirí, sin dejar de observar a través de los prismáticos.

—No. Solamente los terrenos. Cuando me sale alguna proposición interesante, vendo la extensión que me piden. Antes, sin embargo, autorizo a que hagan prospecciones en busca de líquido. En veintitrés parcelas, sólo hubo un fallo.

—Y claro está, un terreno así alcanzará un precio magnífico.

—Por supuesto.

Bajé los gemelos. El caso parecía claro. Sólo se trataba de hablar con un tipo terco… y si éste continuaba con su terquedad, hacerle entrar en razón. No me gustaba mucho el papel que me habían asignado, pero puesto que no implicaba ningún grave peligro y, a lo sumo, sólo se trataba de repartir unos cuantos puñetazos, podía cerrar los ojos a unos cuantos inconvenientes de tipo ético que cosquilleaban en mi conciencia.

—La casa que he estado mirando es de sus hijastros.

—Sí.

—¿Completamente?

—¿Qué quiere decir, Glengan?

—Simplemente, que si la propiedad es completa o sujeta a determinadas condiciones.

—No, es absolutamente de ellos. Y el terreno que la rodea, también. Yo no tengo el menor derecho sobre la misma.

—Entiendo —dejé los prismáticos sobre una mesa y me volví a mirarla—. Escriba en un papel eso de los diez mil dólares y el empleo. Luego volveré a recogerlo.

—¿Va a ver ahora a mi hijastro?

—Sí, desde luego. Las cosas en caliente, ¿no cree? —Está bien. Me gusta su actividad, Glengan.

—Tengo prisa por ganarme el dinero que me envió, señora Corkins. A propósito, ¿por qué no usa usted el apellido Rellon?

Mi pregunta pareció cogerla por sorpresa. Vaciló un segundo.

—Era… es el mío de soltera —respondió al cabo—. Pero eso no tiene nada que ver con el encargo que le he confiado.

—Por supuesto —respondí cortésmente.

Tomé mi sombrero y me dispuse a salir.

En aquel momento se abrió la puerta vidriera que daba a la piscina de la casa.

Una mujer penetró en la sala.

Era joven, de cabellos negros como ala de cuervo y ojos también muy oscuros. Vestía un fino *pullover* de tejido delgadísimo, que soportaba estoicamente la presión del busto más suntuoso que he visto en los días de mi vida. El *pullover* se continuaba en unos pantaloncitos rojos, estrechamente ceñidos a unas caderas de ánfora griega, de los cuales nacían unas piernas largas y maravillosamente torneadas, tostadas por el sol, lo mismo que el rostro, de una

hermosura singular, aunque un tanto helada. El *pullover* no tenía mangas y dejaba al aire libre los brazos, igualmente atezados.

La miré sin poder remediarlo. Ella me devolvió la mirada con gesto apacible y pasó por delante de mí sin pronunciar una sola palabra, balanceando cadenciosamente sus espléndidas caderas. «Toc, toc», hicieron los tacones de sus zapatos al golpear el suelo.

La muchacha cruzó la estancia en silencio. Salió luego por la otra puerta sin decir nada, ni saludar siquiera a la dueña de la casa.

Sentí sobre mi nuca los ojos de Elaine Corkins. Sonó una risita.

—Guapa chica, ¿eh?

Me volví hacia la mujer. Hice una mueca que quería ser una sonrisa.

—Sí. Muy guapa —concordé.

—Es mi sobrina Pat Aldrich. Vive conmigo desde hace unos seis meses.

Y no quiso añadir más sobre el particular, de modo que a mí tampoco me pareció prudente insistir.

—Volveré a verla cuando haya terminado —dije, saliendo de la estancia.

CAPÍTULO II

Una vez se ha salido de Los Ángeles en dirección al Este, la carretera atraviesa Pomona, Ontario y Colton, entre otras ciudades, antes de llegar a San Bernardino. De aquí es preciso virar al norte, para internarse en el desierto de Mojave y atravesar por un valle situado entre los picos de San Antonio y San Gorgonio, pasados los cuales está el grupo de viviendas cuyos terrenos habían pertenecido originariamente a la señora Corkins y, antes que ella, al difunto Lon Rellon padre.

Teniendo al alcance de la mano todas las comodidades, el desierto es maravilloso. Y yo comprendía muy bien a las gentes que poseen el suficiente dinero para construirse una casa en un lugar semejante. Buen tiempo garantizado, calor fuera, frescura en casa, una piscina en el patio y tranquilidad y ausencia total de ruidos, es algo que hace a uno desear vivir en un lugar semejante. Lo malo es que no todos podemos hacerlo y hemos de conformarnos con mucho, muchísimo menos.

Salí de la casa, bajo un sol de justicia, y me dirigí al coche, que había aparcado a la sombra de un grupo de frondosas palmeras. Al abrir la portezuela me encontré con los negros ojos de la chica del *pullover*.

Ella me contempló unos segundos fijamente, en tanto me sentaba a su lado.

—Quiero hablarle un momento, señor Glengan —dijo.

Su voz era cálida, de tonos bajos y profundos, pero muy agradable de oír.

—Estoy a su disposición, señorita Aldrich —contesté.

—Usted es el detective que mi tía ha contratado para meter el miedo en el cuerpo a Lon y a Fay Rellon.

—Hablando en puridad, así es, señorita.

—No me importa, hasta cierto punto, lo que mi tía haga —

expresó la muchacha, cuya edad calculé en unos veinticuatro años —. Es su dinero, y si lo quiere tirar, allá ella. Pero, de todas formas, la aprecio lo suficiente como para darle a usted un buen consejo.

—¿Aprecia a su tía y me da el consejo a mí? —Manifesté, muy extrañado.

—Sí, porque usted es su ejecutor.

—La palabra es un poco fuerte, señorita Aldrich… Sugiere la idea de un verdugo privado o cosa por el estilo.

—Usted lo es, aunque en tono menor —dijo ella, sin inmutarse.

—Admitámoslo —respondí. El insulto peor habría parecido un elogio pronunciado por aquellos labios frescos y jugosos, que debían muy poco al lápiz labial—. Y, ¿cuál es el consejo?

—Éste: tenga cuidado con Fay Clarence.

Abrió la puerta y se apeó después de un fascinante despliegue de piernas. Se volvió para mirarme, cosa que le obligó un momento a inclinar el prominente busto, lo cual hizo aumentar de repente la temperatura en el interior del coche.

—No lo olvide —dijo—. Cuidado con Fay Clarence. Dio media vuelta y se alejó sin volver la cabeza siquiera.

Permanecí unos momentos en silencio, admirando el maravilloso espectáculo que me ofrecía la muchacha. Luego, tragando saliva, di el contacto.

Unos minutos después me hallaba ante la puerta de La mansión donde vivían los hijastros de Elaine Corkins. Bajé del auto y pulsé el timbre que había junto a la verja de estilo español, la cual cerraba el acceso al jardín enmarcado por una alta tapia blanca de mampostería.

Esperé unos momentos, sin que nadie contestase a mi llamada. En vista de ello, volví a insistir con idéntico resultado.

Arrugué el ceño. Minutos antes se había disparado un tiro desde aquella casa hacia la mansión de la señora Corkins. ¿Cómo era que no había nadie en aquellos momentos?

De repente se me ocurrió empujar la verja. Ésta cedió con un leve rechinar de las bisagras. Empujé más y el paso quedó abierto.

Avancé a través del sendero enarenado que conducía a la casa, situada a unos cuarenta metros de la entrada. La sombra de los árboles que crecían en el jardín merced a la maravilla del agua, atenuaba notablemente los inclementes rigores del sol del desierto.

Durante unos momentos sólo pude oír el crujido de mis zapatos al pisar la arena del caminito.

Pasé por una terraza, al otro lado de la cual se veía la piscina, completamente desierta. Al borde de la piscina había un toldo multicolor y un par de sillas y una mesita. En la mesita se veían dos vasos a medio llenar y un cenicero, sobre el cual humeaba un cigarrillo.

Llegué al pórtico de entrada al edificio. La puerta estaba abierta a medias. Por cortesía toqué el timbre, pero después de no recibir más respuesta que un absoluto silencio, me arriesgué a pasar al interior.

Me quité el sombrero y llamé.

—¡Eh! ¿Quién hay aquí?

Mi voz rebotó sonoramente por las paredes del vestíbulo. Miré a derecha e izquierda, divisando sendas puertas, que daban a otras tantas habitaciones, las cuales descubrí desiertas minutos después.

Recorrí el piso bajo por completo, sin hallar el menor rastro de persona viviente. Aquello empezó a amoscarme. No se advertía el menor desorden que indicara una fuga precipitada de los habitantes de la casa. Entonces, ¿dónde habían podido irse?

Del vestíbulo arrancaba una escalera que conducía a los pisos superiores. Mientras subía los peldaños, pensé en la rareza del encargo recibido y, más aún, en el consejo que me había dado la atractiva Pat Aldrich. ¿Qué había querido decir con «Tenga cuidado con Fay Clarence»?

Llegué al piso superior, en donde un amplio descansillo conducía a las habitaciones de aquella planta. Volví a llamar en voz alta, sin que, como desde un principio, nadie contestase a mis apelaciones.

Abrí la primera habitación. Era un dormitorio vacío en aquellos momentos. El tenue perfume que flotaba en él me indicó que aquélla debía ser la habitación de Fay Clarence.

La otra habitación, un dormitorio, estaba igualmente vacía. En la tercera encontré algo de lo que buscaba.

Tratábase de un rifle militar, automático, sujeto sólidamente a un robusto trípode, cuyas patas estaban atornilladas al suelo, de modo que no se volcara con el retroceso del arma. El rifle estaba provisto de mira telescópica y en el lado derecho tenía adaptado un

extraño mecanismo a base de tensores y palancas, cuya utilidad no comprendía de inmediato.

El extraño artefacto estaba conectado a la red eléctrica por medio de un cable conductor de la corriente.

Antes de llegar al enchufe, sin embargo, había otro aparato, del cual se escapaba un tenue ronroneo, muy parecido al tic-tac de un reloj, aunque de compás algo más acelerado.

Me paré en el centro de la estancia, contemplando el rifle y los extraños adminículos que tenía adosados, cuyo objeto no se me alcanzaba en absoluto. De pronto se me ocurrió mirar a través de la mira.

El visor era un verdadero telescopio que reducía las distancias a menos de la quinta parte. Así pude divisar la habitación en la cual había estado unos momentos antes. Había una persona en la sala y no era precisamente la dueña de la casa.

Tapé el visor con una mano. No es discreto que un caballero espíe los actos de una dama cuando ésta se cambia de ropa. A Pat Aldrich no le habría gustado saber que la había sorprendido en el momento de despojarse de su *pullover*.

Pero yo no había ido allí para contemplar las acciones de la muchacha, sino para entrevistarme con los hermanos Rellon. De modo que, abandonando por el momento la estancia, salí al descansillo, pasando a otra habitación en la cual no había estado.

También la hallé desierta. Pero en esta pude divisar a través de la ventana un raro edificio que no había podido advertir desde la mansión de la señora Corkins, sencillamente porque estaba al otro lado.

El edificio se encontraba situado más allá de la tapia y parecía un gran almacén, dada su forma y tamaño. El techo era de simple lata acanalada y desde el lugar en que me hallaba no podía adivinar puerta ni ventana alguna.

Después de algunos momentos de vacilación, me resolví a bajar a la planta, saliendo al jardín por la puerta trasera, la cual daba directamente a la piscina. El cigarrillo se había consumido enteramente y…

¿Quién había terminado de beberse el contenido de las dos copas?

No pude evitarlo; a pesar de la ardorosa temperatura reinante, sentí que un helado escalofrío me recorría la espalda de arriba abajo.

Me acerqué a la mesita. Una de las copas mostraba las huellas inconfundibles de los labios de una mujer. La marca del carmín había quedado nítidamente impresa en el vidrio.

Una mujer. ¿Fay Clarence?

Miré en torno mío. La piscina estaba rodeada de un espeso seto de plantas tropicales, en el cual, sin embargo, se veía una solución de continuidad.

Avancé hacia la abertura, pasando al otro lado. Pude ver así un estrecho sendero enarenado, a través del cual avancé hacia la tapia, situada a unos veinticinco o treinta metros de distancia. Al final se advertía Una puertecita de hierro, la cual, con toda seguridad, daba al almacén, cuya pared de aquel lado formaba cuerpo con la tapia.

Llegué a la puerta, que encontré cerrada solamente con un simple pestillo. Hícelo girar y pasé al interior del edificio.

Habituados mis ojos a la violenta luz del exterior, tardé unos segundos en descubrir los detalles internes del edificio, sumidos en una penumbra que casi era oscuridad total, ya que no había allí otra iluminación que la que entraba por la puertecita. Pronto pude ver algo que me dejó bastante asombrado.

El edificio no era un almacén, como había supuesto, sino un hangar, en el cual se albergaba una esbelta avioneta de un solo motor, con capacidad para cuatro plazas. Era un «Cessna 210», de ala alta y tren triciclo, replegable la rueda delantera, fino y ágil como un galgo. Los metales del aparato relucían como si acabase de salir de la fábrica.

Me pregunté cómo podía tener un avión semejante un tipo como Lon Rellon y, más que eso, el objeto a que lo destinaba, especialmente viviendo en el desierto. De todas formas, fuese como fuese, no dejé de envidiarle por la posesión de aquél estupendo aparato.

Olvidado por unos momentos de mi misión, me acerqué al avión con el fin de examinarlo un poco mejor. En aquel instante oí un sonido extraño.

Era un
«chap-chap»

lento, pero continuo, como si alguien se hubiese dejado la canilla del agua mal cerrada y las gotas cayesen al suelo con intervalos de más o menos un segundo de tiempo.

Las gotas caían del avión, según averigüé momentos después. Situándome junto al fuselaje pude verlas llegar al suelo lenta, rítmicamente, de modo incesante.

Me agaché, tocando con el dedo el menudo charquito que se había formado al pie del «Cessna». La tibieza y la viscosidad del líquido me indicaron al instante con toda claridad cuál era su naturaleza.

Dentro del hangar la temperatura era sofocante, pero yo sentí frío, mucho frío. Posiblemente, más que el cadáver que estaba dentro del avión y al cual no llegué a ver siquiera.

Unos pasos cautelosos sonaron a mis espaldas. Quise volverme, pero antes de completar el movimiento de giro, alguien me golpeó en la cabeza con un objeto duro y contundente. El avión explotó de súbito en mil pedazos de todos los colores.

CAPÍTULO III

Me desperté sintiendo un terrible dolor en la nuca. Quise abrir los ojos, pero una puñalada de luz deslumbrante que pareció llegarme hasta el cerebro, me obligó a cerrarlos.

Traté de volverme a un lado, pero algo me lo impidió.

Estiré los brazos a un lado y a otro, sin obtener ningún resultado práctico. Noté en las muñecas la opresión de unas ligaduras. Escorzando la cabeza al lado opuesto al sol, pude ver que estaba atado por medio de unos cordones de seda a unos postes sólidamente hincados en el duro suelo.

Traté de recapacitar, procurando rememorar todo lo que me había sucedido desde la llegada a la mansión de Elaine Corkins, hasta el momento en que había descubierto la sangre en el hangar. A partir de aquí, mis recuerdos se esfumaban por completo en la oscuridad de la inconsciencia.

Quise mover las piernas, pero no pude lograrlo. También las tenía sujetas por los tobillos a otras tantas estacas. Hablando claramente, estaba convertido en una aspa humana, cuyos extremos eran los pilotes a los cuales estaba amarrado con indestructible solidez.

Traté de levantar un poco los hombros, consiguiendo separarlos del suelo unos centímetros. De este modo pude ver que me encontraba en el desierto, en un lugar completamente fuera de la circulación, muy alejado, sin duda, de la carretera de San Bernardino a Barstow.

Antiguamente, cuando los apaches querían deshacerse de un enemigo, le ataban a cuatro estacas clavadas en el suelo y le abandonaban a su suerte en medio del desierto. El fallecimiento por insolación y deshidratación no se hacía esperar más allá de las cuarenta y ocho horas. Realmente, el que resistía dos días era hombre de portentosas facultades físicas. Aun en esta época

moderna en que vivimos, he oído hablar de gentes que se perdieron en el desierto y murieron insolados y secos como una momia en veinticuatro horas tan solo.

Por si fuera poco, mis atacantes me habían despojado de toda la ropa, excepto de los pantalones, que habían cortado, con sadismo sin igual, a ras de las caderas. Zapatos tampoco me habían dejado, previendo sin duda que pudiera soltarme, cosa que reputaba de imposible en aquellos instantes.

Afortunadamente para mí, el sol declinaba rápidamente hacia el oeste. Esto me concedía unas horas de respiro. Llegaría la noche y con ella un momentáneo alivio, que cesaría apenas surgiera el nuevo día.

Durante bastante rato hice esfuerzos por desatarme y, más que todo, por ver de arrancar alguna estaca. Fue inútil y no pude conseguir nada sino llenar mi cuerpo de sudor, cosa que en nada me convenía, ya que ello contribuía poderosamente a mi deshidratación.

Calculé que llevaba allí ya varias horas. Me habían atado después del mediodía, lo cual me había hecho resistir bien el suplicio del sol. La verdadera tortura llegaría al día siguiente, si para entonces continuaba aún atado, cosa que no dejaba de tener como muy posible.

La noche llegó rápidamente, envolviéndome con su manto de tinieblas. Un coyote aulló a lo lejos, y sus gritos tabletearon contra las peladas colinas del desierto.

Sentía sed y hambre, pues no había tomado nada desde después del desayuno. No obstante, mi estado físico era aún bueno y el dolor de cabeza tendía a disminuir.

Pasé la noche con alternativas de sueño y vigilia, aunque el sueño no fue tal, sino una especie de duermevela lleno de pesadillas poco agradables, que me hacían despertar sobresaltado y lleno de sudor de arriba abajo. Al fin empecé a ver una fina línea gris por el este.

Un poco después, cuando las sombras empezaban a hacerse más imprecisas y a confundirse con el suelo y las colinas, escuché el motor de un avión.

El ronroneo del motor venía del sur. El aparato voló casi sobre mi cabeza y luego describió un círculo completo a unos mil

quinientos metros de altura. De pronto escuché el ruido de una cosa que desplazaba violentamente el aire en su caída.

Era una especie de silbido profundo y oscuro, un denso susurro, que tuvo su final en un horrendo ruido producido a un medio centenar de metros de distancia. El ruido me hizo sentir escalofríos; pareció un gran chapoteo, único por otra parte, mezclado con una brevísima serie de aterradores crujidos.

Luego volvió el silencio y las sombras se disiparon por completo.

A las nueve de la mañana ardía.

Nadie puede imaginarse la fuerza que tienen los rayos de sol en el desierto como no haya estado expuesto a ellos. El calor evaporaba rápidamente todos los líquidos de mi cuerpo y la suerte para mí, en medio de todo, era que no podía moverme apenas. Si me hubiera movido, la transpiración hubiera acelerado de modo indudable el proceso de deshidratación, acabando con mi vida antes de lo esperado.

Pero yo seguía allí, atado, soportando estoicamente —no tenía otro remedio—, los feroces embates del sol. Pasaron tres horas más.

Empecé a ver raras visiones. Imágenes de agua susurrante y verdes follajes desfilaron ante mis ojos, mezcladas con duros fogonazos de luz roja y amarilla, provocados en mis retinas por los rayos solares. Ni siquiera con los párpados cerrados podía aguantar el insoportable resplandor del sol.

Súbitamente, un ruido extraño me hizo levantar la cabeza. Moví un poco las caderas y la escasa ropa que aún llevaba puesta, crujió como si hubiera sido papel requemado.

El ruido se repitió. Mis ojos se desorbitaron al reconocer su origen.

Frente a mí, a pocos pasos de distancia de mis piernas, se erguía amenazadoramente uno de los más terribles habitantes del desierto: una serpiente cascabel, los crótalos de cuya cola sonaban de modo terrorífico.

El reptil me miró con ojos fríos y crueles. Su lengua bífida salió y entró varias veces de su boca, como si se relamiera por anticipado ante el festín que iba a propinarse. Vi con toda claridad sus mortíferos colmillos y la imagen de aquellos letales instrumentos me hizo sentir miedo, un miedo espantoso, como no lo había padecido nunca antes de aquel momento.

El crótalo avanzó unos pasos, situándose a escasa, distancia de mi pantorrilla izquierda. Dicen que esos animales no atacan si no son atacados o perciben un movimiento hostil. Por mi parte, procuré mantenerme tan inmóvil como pude, conteniendo incluso la respiración. Sabía que al primer gesto que hiciera, la serpiente se lanzaría al ataque. Sus colmillos se clavarían en mi pantorrilla, inyectando en la carne su mortal veneno. Y atado como estaba, mi suerte era fácil de imaginar.

En aquel momento, todos mis padecimientos desaparecieron ante la inminencia de un peligro mucho mayor y más cercano. Me olvidé de la sed, del hambre, del sol, de todo. Sólo veía la serpiente a un metro escaso de mi pierna izquierda.

Y, de pronto, la cabeza de la serpiente se desintegró. Desapareció, quedando en su lugar un sangriento muñón que se agitaba espasmódicamente a un lado y a otro. Luego, el cuerpo del reptil cayó flácido al suelo.

¿Había oído la detonación del disparo cuyo certero proyectil acababa de matar tan oportunamente al animal? No lo sé.

Lo único que recuerdo es que, a través de unos ojos cubiertos de un velo rojo, vi una figura humana que corría ansiosamente hacia mí. Un poco más allá había un automóvil parado en mitad del desierto.

Luego me desmayé. No me avergüenza confesarlo; era la reacción natural al saberse salvado de todos los peligros que me habían amenazado durante aquellas horas cruelmente interminables.

CAPÍTULO IV

Después de aquello fui a parar al hospital.

Durante una semana entera, si no entre la vida y la muerte, sí bastante grave como para no saber lo que sucedía a mi alrededor. La insolación no sólo había afectado a mi cuerpo, sino también a mi mente.

Poco a poco, no obstante, fui recuperando la consciencia. Pero puedo afirmar desde aquí que padecí unas pesadillas nada agradables, en las cuales aquel maldito crótalo tenía una parte muy importante.

No quiero hacer interminable la relación de mis padecimientos. Lo único que declaré, cuando me sentí con fuerzas para ello, era que me había perdido en el desierto. En el hospital de San Bernardino están bastante acostumbrados a casos similares y el mío no les impresionó demasiado.

Una semana más farde, me hallaba ya bastante restablecido y en vísperas de recibir el alta. Entonces vino una persona a visitarme.

Pat Aldrich llevaba su negro-azulado cabello peinado de una forma que me gustó mucho: partido en dos por una larga raya en medio, y sujeto a la nuca por medio de un grueso y tirante moño, atado con una ancha cinta roja. Rojo también era el vestido de sencillo hilo, pendiente de sus redondos hombros por dos tiritas del mismo tejido, que moldeaba perfectamente su generoso busto, su cintura de avispa y sus redondas caderas, llegándole a las rodillas muy ceñidamente. El bolso era de rafia del mismo color y hacía juego con sus zapatos de altísimo tacón. Lo único que no era encarnado en ella eran sus ojos y su tez tostada por los continuos baños de sol.

Tuve que mirarla a través de las gafas negras que aún me veía obligado a llevar. Se detuvo a, los pies de la cama y me contempló desapasionadamente.

—¿Qué tal, señor Glengan?

—Bien —respondí secamente.

—He venido —dijo—, para manifestarle, en nombre de mí tía, y en el mío propio, nuestro sentimiento por lo que le sucedió.

—Son ustedes muy amables, muchas gracias —contesté.

—Está enfadado aún con mi tía, ¿no es así?

—Si he de decir la verdad, responderé que no siento precisamente por ella un loco afecto, señorita Aldrich.

—Sí —suspiró la muchacha—. Me lo supongo. Por eso me ha enviado a verle.

—Confía en su belleza para apoyar mejor sus dotes diplomáticas —dije sarcásticamente.

Los negros ojos de Pat Aldrich centellearon un momento. Respiró profundamente, lo cual me hizo temer por las costuras de su corpiño, y luego respondió:

—He venido solamente para conocer su manera de pensar acerca del asunto que le encomendó.

Medité unos momentos antes de contestar.

—Escuche —contesté al cabo. Le expliqué todo lo que me había sucedido hasta que escuché el disparo que mató al reptil—. Pude aceptar el encargo de su tía, por dos razones: una, porque me lo pidió el capitán Ballantyne. La otra, porque no parecía tener una importancia excesiva. Comprenderá que si he de verme mezclado con tipos que matan a la gente por una fruslería, la cosa no me gusta y, por lo tanto, renuncio a seguir con el caso. Dentro de dos o tres días saldré del hospital; entonces volveré a mí oficina de Los Ángeles y les devolveré el dinero que me enviaron como anticipo para mis gastos.

—No es necesario —manifestó Pat—. Tía Elaine manifiesta que usted se lo tiene bien ganado. También me ha encargado le diga que todos sus gastos hospitalarios están cubiertos.

—Muy generosa —respondí mordaz—. Pero dígale que no necesito nada de una mujer que anda mezclada con asesinos de la peor especie. Oiga, estimo demasiado mi pellejo para quedarme sin él en el momento menos pensado. Eso es lo que tiene que decirle y no otra cosa.

—¿Nada más? —preguntó ella muy pensativa. Continuaba a los pies de la cama, inmóvil como una estatua, salvo los regulares

movimientos de la respiración.

—¿Qué más quiere que le diga? Pasé unas horas muy amargas en el desierto, señorita Aldrich. Por nada del mundo volvería a repetir la experiencia, eso es todo.

—Lo comprendo —murmuró. De pronto, preguntó—: ¿Vio usted el cadáver?

—No. Ni siquiera puedo imaginarme quién era. Sólo vi la sangre que goteaba del aeroplano y luego, ¡pam! el batacazo.

—Lo arrojaron a la madrugada siguiente en el desierto —dijo Pat—. Estaba muy cerca de usted.

—¡Ah! —dije—. Entonces debió ser aquel ruido que oí poco antes de que amaneciera. No quedaría muy bonito que digamos.

—Figúrese usted, desde tanta altura.

—¿Tampoco lo reconoció usted? —pregunté.

Pat meneó la cabeza.

—No. No sé quién pudo ser.

—¿Advirtió a la policía del hecho?

Me miró rectamente.

—No.

—¿Por qué?

—No era de mi incumbencia.

—¿Está segura? Su deber, como buena ciudadana, era avisar a la policía de un hecho criminoso como aquél.

—Preferí callar.

—Hubieran tenido que dar demasiadas explicaciones, ¿no es cierto?

—Admitámoslo.

—Y no les interesa tener que hablar demasiado.

—Bueno.

—No es usted muy explícita que digamos.

—Señor Glengan —dijo sosegadamente—, no he venido aquí a hablar de aquel cadáver, sino de si quiere o no seguir trabajando para mí tía.

—No.

—¿Es su última palabra?

—DEFINITIVAMENTE. ¿Está claro?

Volvió a poner en peligro las costuras del corpiño.

—Clarísimo. —Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta. Con

el pomo en la mano, me miró por encima del hombro—. Todos sus gastos están pagados, señor Glengan. Su coche está en el «*parking*» del hospital.

—¡Cuánta generosidad!

—Es lo menos que se merece. ¡Adiós!

—¡Espere un momento, señorita Aldrich! —exclamé de pronto.

Volvió de nuevo los ojos para mí. Aquellos ojos negrísimos, profundos, insondables.

—¿Sí, señor Glengan?

—No le he dado aún las gracias por haberme salvado la vida.

—Duerma tranquilo. Su agradecimiento me deja fría.

—¿Cómo dedujo que podía hallarme en aquel lugar? —pregunté, sin hacerla caso.

—Hice eso que acaba de mencionar: empleé la deducción. ¡Adiós!

Y salió, cerrando con suavidad.

Quedé solo en la cámara, bastante fastidiado por la visita, que en otras circunstancias, quizá, me hubiera alegrado bastante. Pero ahora me había dejado bastante irritado, sin saber exactamente la razón.

Desde luego, no pensaba reanudar el caso. No. Iría a ver a Ballantyne, le contaría lo sucedido, y luego que se las arreglaran como pudieran la madrastra y sus hijastros. Yo no quería tener nada que ver con unas discusiones de familia que empezaban con un disparo todos los días a las once de la mañana y terminaban atándolo a uno en el desierto para matarlo de insolación. Basta de encargos semejantes, condenación.

Cuatro días más tarde, me hallaba de nuevo en mi oficina de Los Ángeles. Por atender la llamada de la señora Corkins había dejado unos cuantos asuntos pendientes y había de resolverlos o, de lo contrario, empezaría a perder la clientela.

Lo primero que hice fue revisar la numerosa correspondencia apilada durante las casi tres semanas que había durado mi ausencia. Estaba empezando a considerar la conveniencia de tomar una secretaria, cuando, de pronto, percibí el zumbador de la puerta.

Dejando las cartas a un lado, me puse en pie y caminé hasta la entrada. Abrí la puerta y vi a tres hombres en el pasillo.

—¿Señor Glengan? —dijo uno de ellos educadamente.

No sé por qué, al verlos, sentí en el acto como si me hubieran arrojado una piedra de diez kilos en el estómago. Aquellos tipos me desagradaron instintivamente, aunque, haciendo un esfuerzo, pude contenerme y contestar:

—Yo mismo. ¿En qué puedo servirles?

—Desearíamos conversar con usted, pero no aquí, naturalmente —sonrió el tipo que había hablado.

Me eché a un lado, contemplándolos con expresión desafiadora. Cerré la puerta y los acompañé hasta mi despacho, indicándoles sendas sillas, en las cuales se sentaron.

Examiné a mi sabor a los tres individuos. El que había hablado era relativamente joven, pues aún no habría cumplido los cuarenta años. Vestía elegantemente, con un traje a la medida de trescientos dólares y corbata pintada a mano de cuarenta por lo menos. Sus negros zapatos eran un puro espejo de brillantes que estaban.

Los otros dos tenían impresa claramente en sus facciones y en su indumentaria la profesión que ejercían. Uno de ellos era muy rubio, casi un albino, de ojos claros, facciones angulosas y labios delgados y crueles. Bajo la chaqueta de rayas chillonas que vestía se distinguía de manera inconfundible el bulto de la pistola.

El otro tenía el cabello negro y aceitado, ojos oblicuos, y era de gran corpulencia. También llevaba pistola.

—Permítame que me presente, señor Glengan —dijo el primero—. Me llamo Jack Bryfe y estos dos son amigos míos. Nett Scanlon —señaló al rubio— y Pepe Sáchez —indicó al moreno.

—Sánchez —dije.

—No, no, Sáchez —insistió el moreno, enseñándome unos dientes caballunos, roídos y amarillentos por la nicotina.

—Bien, a su gusto. Quedamos en qué es Sáchez. Por mi parte no pienso discutir más el asunto. El apellido es suyo, ¿no?

El moreno volvió a enseñarme los dientes.

—¡Je, je, tiene gracia! ¿Verdad, jefe?

—Cállate, Pepe —dijo Bryfe secamente—. Señor Glengan, desearía hacerle unas cuantas preguntas. Naturalmente, usted tiene el tiempo tasado, por lo que estimo justo compensarle la pérdida del que emplee, con nosotros.

Metió mano en el interior de su chaqueta y extrajo un fajo de billetes de cincuenta, del que contó hasta veinte, que depositó

cortésmente sobre el vidrio de mi mesa.



Las gotas de sangre caían del interior del avión...

—¡Hum! —dije—. Mi tiempo no es oro, precisamente, para pagarlo al peso.

—Para nosotros lo es —sonrió Bryfe, enseñándome dos dientes de oro—. Veamos —siguió sin apenas interrupción—, ¿puede usted

decirnos qué es lo que vio exactamente en casa de Lon Rellon?

Me puse instantáneamente en guardia. ¿Tan pronto empezaban ya las complicaciones?

—¿Cómo sabe que estuve allí? —pregunté.

—Nosotros estamos enterados de muchas cosas, señor Glengan —sonrió untuosamente el tipo—. Por supuesto, no de todas; y por ello queremos saber qué es lo que vio usted allí.

—¿Por qué le interesa saberlo tanto, Bryfe?

Los ojos de mi interlocutor se endurecieron repentinamente.

—Le he dado esos mil dólares para que no haga preguntas, sino para que me conteste a las que yo le formule.

—¿Y si no quisiera? —expresé belicosamente.

Sáchez metió la mano en el interior de su chaqueta.

—¿Le atizo, jefe? —dijo.

—Cállate, Pepe —respondió Bryfe—. Por favor, señor Glengan.

—Bien, han de saber que si estuve en casa de Lon Rellon fue por encargo de un cliente y, naturalmente, no puedo traicionar la confianza que los clientes depositan en mí. Esto no sería ético.

—Deje la ética a un lado —rezongó Bryfe ásperamente—. Eso —señaló el montoncito de billetes—, cura muchos repulgos. Conteste.

—Está ya contestado —manifesté. No sé por qué diablos me sentía tan terco. ¿Me acordaba de Pat Aldrich en aquellos momentos?

—Escuche, Glengan, un amigo nuestro fue a ver a Lon Rellon. Ya no le hemos vuelto a ver. Queremos saber qué ha sido de él, ¿comprende?

—¿Por qué no se lo pregunta usted mismo a Rellon?

Bryfe cerró las mandíbulas de golpe.

—Estoy siendo demasiado paciente con usted, Glengan. Si me obliga a ello, no tendré otro remedio que emplear la fuerza para hacerle hablar.

—Supongamos que le contesto la verdad. ¿Me creería usted?

Mi pregunta le halló desprevenido. Vaciló un instante.

—¿Qué diría usted si se enterase de que sospecho que su amigo está muerto? —agregué.

Scanlon soltó un juramento.

—Cállate, Nett —dijo Bryfe—. ¿Está usted seguro de lo que dice, Glengan?

—Razonablemente, debo sospechar que su amigo murió. Eso es todo lo que puedo decirle. Bryfe —contesté.

—Está mintiendo, jefe —dijo Sáchez—. Red no era tan tonto como para dejarse…

—Cállate, Pepe. El señor Glengan tiene que contarnos todavía más cosas.

—No. Lo siento —dije—. Eso es todo lo que sé.

—Está mintiendo, Glengan.

Traté de dominar la calma. Cogí los billetes, haciendo un rollito con ellos, que sujeté con una gomita extraída de uno de los cajones de la mesa, y luego se lo tiré al individuo a la cara.

—Largo, sicarios —dije—. Váyanse. He hablado ya bastante y…

—No —me interrumpió Bryfe—. No ha hablado aún lo suficiente, Glengan. Tiene que contarnos muchas cosas. Estuvo usted bastante rato en casa de Lon Rellon y quiero saber hasta el último detalle de lo que averiguó allí. —Recogió el rollo de billetes y lo agitó, sosteniéndolo con el pulgar y el índice—. Elija, Glengan, el dinero o…

—¡Maldita sea! —exclamé, bastante furioso—. Ya he dicho que no sé más. Es inútil que insista, Bryfe.

—Insistiré —murmuró el tipo blandamente. Movió la mano izquierda con leve gesto.

Scanlon y Sáchez se pusieron en pie y avanzaron hacia mí. Dos pares de ojos me miraron con muy poca simpatía.

CAPÍTULO V

Yo también me puse en pie.

Aquellos tipos querían saber a toda costa algo que yo ignoraba por completo. No se conformarían con mis explicaciones verbales y sólo se darían por satisfechos cuando viesen que les decía la verdad… pero para llegar a tal extremo, ya me habrían apaleado lo suficiente como para no dejarme un hueso sano.

Desconocía por completo sus propósitos. En cambio, sí sabía cuáles eran los míos: conservar los huesos sanos.

Scanlon y Sáchez vinieron hacia mí, uno por cada lado de la mesa, acorralándome de modo que no pudiera salir. Mientras tanto, Bryfe, sentado cómodamente en el diván, presenciaba impasible el espectáculo. De vez en cuando sacudía la ceniza de su cigarrillo con gesto indolente.

Calculé rápidamente mis posibilidades. Aquellos tipos no pretendían matarme; sólo darme de golpes hasta que les contara lo que no sabía. Y era inútil cuanto hiciese para tratar de persuadirles de mi absoluta ignorancia en el asunto. Para mí solo había una salida: ser más fuerte o más astuto que ellos.

La pareja de esbirros me sitió tras la mesa. De pronto, antes de que me hubieran podido alcanzar con sus garras que ya casi me tocaban, apoyé las manos en la mesa y salté velozmente por encima de ella.

Mi gesto les cogió por completo desprevenidos. Antes de que Scanlon y Sáchez hubiera podido mover un dedo, yo ya estaba al otro lado, roto el cerco.

Pero no por ello abandoné la partida. Me abalancé hacia Bryfe, saltando hacia él con las manos extendidas.

Bryfe se percató de mi acción cuando ya era demasiado tarde. Quiso ponerse en pie y lo consiguió, pero, en efecto, ayudado por mí, pues le había agarrado por las hombreras de su magnífica

chaqueta. Antes de que pudiera pestañear, le hundí la rodilla en el estómago.

Bryfe boqueó agónicamente. Enseguida, giré en redondo, sin soltarle, y lo lancé contra el primero de los sicarios que se arrojaba contra mí.

Bryfe y Scanlon chocaron aparatosamente, rodando por el suelo en un confuso revoltijo de brazos y piernas, del cual salían maldiciones y quejidos con singular profusión. En el mismo instante, me pareció que una bomba estallaba en mi oreja izquierda.

Las gafas negras me volaron por los aires, como consecuencia del atronador derechazo que me había propinado Sáchez. Retrocedí trastabillando, con los brazos abiertos, hasta que mi espalda chocó contra la pared.

Sáchez se lanzó contra mí, mugiendo como un búfalo loco. Cargó con la cabeza gacha, buscando machacarme las costillas con el golpe. En el último instante, conseguí hacerme a un lado.

Su cabeza se estrelló con hueco sonido contra la pared. Un sordo ronquido se escapó de sus labios, al tiempo que se derrumbaba al suelo, convertido en una masa inerte.

Mientras tanto, Scanlon había conseguido ya incorporarse y se me echaba encima. Disparó su puño derecho, cuyo golpe pude bloquear, y luego le contesté con un golpe similar, que le alcanzó en la mandíbula, haciéndole dar dos vueltas sobre sí mismo y cayendo de bruces sobre la mesa.

Era un tipo duro. Se rehízo al instante y tornó a la carga, alcanzándome esta vez, después de un par de fintas, con un demoledor derechazo al estómago qué me dejó sin aliento. Caí de espaldas sobre un sillón, el cual resbaló un par de metros por el suelo antes de detenerse.

Scanlon cargó de nuevo. Levanté las dos piernas y le rechacé, enviándole por el suelo patas por alto. Parecía un gato, porque se levantó en el acto con una flexibilidad de miembros que me dejó realmente admirado.

Mientras esto sucedía, capté la imagen de Bryfe que buscaba situarse detrás de mí para asestarme un golpe traicionero con la culata de su revólver. Pegué una patada al sillón, haciéndole resbalar de nuevo. El mueble chocó con sus piernas y le hizo caer encima, con aparatoso crujido de astillas.

Los ojos de Scanlon me miraron con ansia homicida. Era evidente que, a no ser por las órdenes sin duda recibidas con anterioridad, hubiera sacado ya su revólver y disparado contra mí. Como no podía usar el arma, disparó la pierna derecha, buscándome alevosamente el bajo vientre.

Encogiendo el cuerpo, pude agarrar el tobillo con ambas manos. Luego di un brusco tirón hacia mí y hacia arriba, con el resultado de que Scanlon cayó de espaldas cuan largo era. Quiso levantarse, pero le acaricié la barbilla con la puntera del zapato y se tumbó a dormir un ratito.

En aquel momento sentí un ruidito a mis espaldas. Me volví a la vez que ladeaba el cuerpo. La culata del revólver de Bryfe cayó sobre mi hombro, haciéndome ver todas las estrellas del Universo.

Lancé un rugido de cólera. Agarré aquella muñeca y la retorcí con deliberada crueldad, haciendo crujir todos los huesos. Luego disparé mi puño con todas mis fuerzas contra el rostro de Bryfe.

La pistola cayó al suelo. Bryfe exhaló un bramido de dolor. Quiso responderme con el brazo izquierdo, pero me resultó fácil en extremo detener el golpe. Luego empecé a castigarle metódicamente el rostro, procurando no atontarlo, a fin de que sintiera el dolor de mis puñetazos.

La sangre corría a caño libre de sus narices. Le golpeé en el mismo sitio una y otra vez, hasta que, al fin, con un suspiro, Bryfe abrió los brazos y se dejó caer en el suelo, jadeante y sin respiración.

Yo también me había quedado sin aliento. Antes de pararme a recobrarlo, recogí el revólver de Bryfe y luego me apoyé en el borde de la mesa, esperando a que aquellos tipos volvieran a la vida.

El primero en recobrarse fue Sáchez. Abrió los ojos aturdidamente y miró en torno suyo, sentándose acto seguido en el suelo, mientras se cogía la cabeza con ambas manos.

Scanlon se recuperó un poco más tarde. Casi a renglón seguido, Bryfe empezó a limpiarse la sangre del rostro, que le había puesto una camisa y una chaqueta realmente impresentables.

Los encañoné con la pistola.

—Váyanse de aquí, bastardos —dije todo lo tranquilamente que pude—. Ya les dije antes todo lo que sé y no pienso repetirlo. Si creen que empleando ciertos métodos van a asustarme, se

equivocan. Jamás me han dado miedo bigardos como ustedes y no van a ser los primeros que me asusten. La próxima vez que me enfrente con ustedes, malditos hijos de perra, usaré algo más contundente que mis puños.

Era evidente que se sentían avergonzados por la derrota sufrida. Pero todavía estaban más irritados y viendo sus rostros deduje que no darían por terminado el asunto con aquella pelea.

Lentamente, uno por uno, fueron poniéndose en pie. El último en hacerlo fue Bryfe, solícitamente ayudar de por Sáchez.

—Déjame —lo rechazó furioso. Seguramente estaba pensando en el traje tan bonito que le había estropeado.

Me miró con ojos fulgurantes de ira.

—Volveremos a vernos, Glengan —dijo, rechinando los dientes.

Le apunté con su propio revólver.

—Procure que no haya un cacharro como éste entre los dos… con el cañón apuntado hacia usted —respondí—. Porque dispararé sin vacilar, ¿estamos?

Recogió su sombrero de un manotazo. No se dignó volver la cabeza.

—Vámonos —gruñó. Y se fueron.

Esperé unos momentos hasta tener la seguridad de que estaban lejos. Luego me dirigí al lavabo, donde restauré en mi rostro las huellas que habían quedado de la pelea. Medianamente satisfecho del resultado, abrí un armarito sanitario del que extraje un frasco.

Destapé el frasco, que contenía alcohol, pero no precisamente del de dar fricciones. Eché un largo trago, después de lo cual me sentí notablemente confortado.

Guardé el frasco en su sitio, no sin haberle causado una notable sangría. Luego volví al despacho, dispuesto a ponerlo en orden.

Entonces me encontré con que tenía una visita.

CAPÍTULO VI

Era alta, rotunda, de carnes macizas y opulentas, dueña de un busto de lujo y unas caderas clase
A-1.
Vestía un traje floreado, que parecía iba a estallarle en cualquier momento por las junturas, y el escote hubiera sido considerado audaz aun en un traje de noche. Para ella, sin embargo, parecía ser la cosa más natural del mundo.

Su cabello era de un rubio explosivo, enmarcando un rostro singularmente atractivo, en el cual destacaba el trazo sangriento de unos labios carnosos y llenos de sensualidad y unos ojos azules como el cielo a mediodía, pero carentes en absoluto de candidez. Un collar de rojo coral rodeaba su garganta, no tan esbelta como pudiera parecer —¿principios ya de una incipiente celulitis?—, y en la mano derecha llevaba un monumental bolso forrado de la misma tela del vestido.

Estaba sentada en un sillón, en indolente postura, con un impresionante despliegue de algo más que unas simples pantorrillas. Fumaba, y me miró especulativamente a través del humo.

—Estuve llamando y no me contestó nadie —dijo con voz espesa, insinuante—. En vista de ello, me permití entrar. Ah, dispénseme, olvidé presentarme. Me llamo Fay Clarence.

¡Fay Clarence!

Una campana de alarma sonó inmediatamente en el interior de mi cerebro. No obstante, procuré que mis emociones no traslucieran al exterior.

—Le ruego excuse el desorden de mi despacho, señora Clarence —contesté—. Tuve una visita hace unos momentos y…

Ella rió con risa argentina. El pecho se le movió abundantemente al hacerlo.

—¿Todas las visitas le desordenan siempre el despacho? —

preguntó burlonamente.

—Según de qué clase sean —contesté. Recobré las gafas negras, cuyos cristales afortunadamente, habían resistido el impacto contra el suelo, y volví a colocármelas—. Usted no desordenaría nada, por supuesto.

—¿De veras? —Descruzó las piernas. Luego volvió a quedar apoyada en el respaldo del sillón y me miró rectamente—. Hace unos veinte días usted estuvo en mi casa. ¿Qué encontró en ella?

Me senté tras la mesa de despacho, apoyando los codos en la misma.

—Usted lo sabe tan bien como yo —contesté.

—No. No puedo saberlo. Estaba fuera.

—¿Dónde?

—Méjico.

—¿Turismo?

Me enseñó los dientes al sonreír.

—Quizá —dijo.

—¿Y su hermano?

—Aquí.

Asentí con la cabeza. Algunos de los misterios empezaban a no serlo tanto.

—¿También hacía turismo su hermano en Los Ángeles?

Se irguió de pronto, proyectando hacia adelante su espléndido busto.

—Escuche, he venido aquí a preguntar y obtener respuestas, no a hacer todo lo contrario —dijo con voz irritada.

—¿Y qué le autoriza a suponer que he de contestar a sus preguntas, mi hermosa señora Clarence?

—Esto —dijo lacónicamente. Metió la mano en el bolso y me arrojó un rollo de billetes de cincuenta dólares.

El rollo cayó sobre la mesa. Lo tomé con las manos, examinándolo pensativamente.

Temí por unos momentos que Bryfe hubiera recurrido a otra táctica, pero pronto pude comprobar que no era cierto. Allí había una cantidad doble, por lo menos.

Devolví el dinero por el mismo camino. El rollo de billetes cayó sobre su regazo, pero ella no hizo nada por volverlo al bolso.

—¿No lo quiere? —dijo con ojos brillantes por la furia.

—No.

—Son dos mil dólares, detective.

—Lo sé.

—Usted no anda muy sobrado de dinero.

—Quizá sea por un exceso de honradez, señora Clarence.

—Seamos sensatos, señor Glengan —dijo ella, tratando de mostrarse conciliadora—. Yo estaba en Méjico y mi hermano en Los Ángeles cuando usted fue a mi casa, enviado por mi madrastra…

—¿Y quién le ha dicho tal cosa? —La interrumpí bruscamente.

Se mordió los labios, cogida en falta.

—Bien, lo sé, eso es todo —respondió.

—Para usted, más no para mí —expresé firmemente—. Lo que vi allí me autoriza a saber exactamente sus motivos, señora Clarence.

—Si no me dice lo que vio, no podrá conocer esos motivos, Lionel Glengan —manifestó.

Levanté los hombros.

—De todas formas, estoy resuelto a mantenerme fuera del caso. Olvídelo.

—No puedo. Necesito saber a toda costa lo que vio, detective.

—Supongamos que se lo digo. ¿Qué haría usted con mi información?

—Pagarle después. Eso bastaría, ¿no?

Moví la cabeza lentamente de derecha a izquierda.

—No.

Se puso en pie de un salto, irguiendo su magnífica figura. Los ojos le ardían.

—Lo lamentará, terco —dijo.

—Bueno.

—Escuche una vez más…

—No —la atajé secamente—. No quiero saber nada, más de usted, ni de su madrastra ni del maldito asunto que me encomendaron y que, si usted está tan bien enterada como parece, estuvo a punto de costarme la vida. Lamento ser tan descortés con usted, pero me veo en la precisión de rogarla que abandone mi despacho.

—De acuerdo. Me iré. Pero tenga en cuenta que alguien más fuerte que yo vendrá a sacarle lo que vio en nuestra casa. Y no se lo pedirá con modales tan finos como los míos.

Reí fuertemente.

—Está diciendo algo que no es verdad y que ni siquiera siente, señora Clarence. ¿Me permitirá ordenar el despacho?

Por unos instantes me miró con furia mal contenida. Luego se agachó a recoger el dinero, que aún yacía en el suelo, y lo metió en el bolso. Al sacar la mano, tenía un revólver en ella.

—Oiga por última vez, Glengan. Usted vio algo en mi casa. Yo quiero saber qué es. O me lo dice de grado o…

—¿Disparará contra mí?

—Sí —respondió sin vacilar—. Pero no a la cabeza. —Bajó el revólver un poco—. Un tiro en la rodilla es algo que duele muchísimo, como usted no puede imaginarse. Y casi siempre suele ser causa de amputación, ¿me comprende? Por otra parte, no tengo miedo al ruido; las paredes están insonorizadas. De modo que conteste o dispararé.

Fingí meditar unos instantes, mientras, permaneciendo de pie, me apoyaba con ambas manos sobre la mesa.

—Está bien —dije al cabo—. Lo que vi en su casa fue…

La carpeta que había sobre el vidrio voló de repente hacia Fay Clarence, alcanzándola en el brazo derecho. El tiro partió, pero muy desviado, abriendo un desconchón en la pared que tenía a mis espaldas.

De nuevo me vi obligado a practicar el deporte de salto sobre la mesa. Aterricé en el suelo a pocos centímetros de la opulenta rubia y disparé el brazo izquierdo, atenazando su muñeca, antes de que pudiera repetir el tiro.

Sacudí el brazo con todas mis fuerzas, sujetándole al mismo tiempo la otra mano, para evitar me clavara las uñas en los ojos. Las gafas cayeron al suelo y esta vez los vidrios no resistieron el impacto de los agudos tacones de Fay Clarence.

La rubia chilló, mientras duchaba y se debatía furiosamente. Empezó a lanzarme invectivas con una riqueza de vocabulario como nunca hubiera podido sospechar en una mujer como ella.

La pistolita cayó al suelo. Me repugnaba hacerlo, pero como no cesaba de luchar, tuve que acariciarle el estómago con una rodilla.

Contemplé melancólicamente las destrozadas gafas negras, en tanto ella, sentada en un sillón, se masajeaba el maltratado estómago y procuraba recobrar el aliento. Guardé el minúsculo

revólver y me enfrenté con ella.

Le dije lo que había visto en su casa, pero callé lo del rifle.

—Eso es todo, lo crea usted o no. —Y terminé—: ¿Puede caminar?

—Trataré de hacerlo —contestó, poniéndose en pie. Su seno estaba muy alborotado y se movía agitanadamente dentro del corpiño—. Miente, pero ya le sacaré la verdad, Glengan.

—Lo dudo. Es usted la segunda persona que me pregunta hoy por lo que vi en su casa. Y la cuarta que sufre mis golpes aunque, como en su caso, haya de deplorarlo por tratarse de una dama, calificativo que estimo exagerado por otra parte.

Se dirigió a la puerta, murmurando un:

—¡Cochino bastardo! —Y la abrió.

—Un momento, señora Clarence —dije.

Ella se volvió a mirarme. Y sus ojos carecían en absoluto de toda expresión de amabilidad.

—Tengo entendido que es viuda. Su esposo, ¿murió de peritonitis o por haberse comido una tortilla de arsénico?

—¡Váyase al infierno! —contestó abruptamente, cerrando de un portazo que hizo retemblar las paredes.

Después de quedarme solo, empecé a ordenar el despacho, celebrando no haber tenido una secretaria. La pobre se hubiera despedido de inmediato.

Mientras trabajaba de firme para dejar todo tal como estaba, empecé a pensar en los hechos que me habían acaecido desde mi conversación con Elaine Corkins. Pronto, después de analizarlos y desmenuzarlos críticamente, llegué a una conclusión: hablaría con el capitán Ballantyne, le contaría todo y que se las entendiera él con el asunto.

«Al diablo con todo», pensé, mientras me cambiaba de ropa, pues también tenía mi residencia en el mismo apartamento donde había instalado la oficina. «Que se las entiendan Ballantyne y el *sheriff* de San Bernardino. ¿Cuánto me queda en la cuenta del Banco? ¿Unos seiscientos dólares? Lo suficiente para cuatro semanas de vacaciones en la montaña, pescando y tomando el sol, mientras los demás resuelven este maldito embrollo».

Lo malo es que no siempre se realizan los planes como uno lo desea.

Al cruzar la acera para dirigirse a mi coche, que tenía aparcado junto al bordillo de la misma, un individuo salió a mi encuentro.

—¿Señor Glengan? —murmuró.

Le miré de arriba abajo. Era joven y no mal parecido del todo, salvo por una mueca de dureza que parecía estereotipada en su rostro.

—Sí —dije.

—Mire hacia su izquierda, ¿quiere?

Fruncí el ceño, sin comprender lo que quería el fulano. Luego hice lo que me indicaba, obrando de modo instintivo.

Delante de mi coche había un enorme «Cadillac» negro, en cuyo asiento delantero vi a dos hombres con aspecto de estatuas. Un tercero se hallaba acurrucado en el posterior, cubriendo con el cuerpo una pavorosa pistola de grueso calibre, dotada de silenciador, de tal modo que sólo el tipo que me había asaltado y yo podíamos verla.

—Suba al coche, por favor, señor Glengan —dijo el tipo.

En casos semejantes, uno no tiene otro remedio que obedecer. Pasé al interior del «Cadillac», temiendo a cada momento lo clásico en semejantes situaciones: el culatazo en la nuca.

Pero no ocurrió nada de lo que esperaba. Por el contrario, mis raptores se portaron conmigo más gentilmente de lo que cabía suponer en unos tipos como ellos.

—Trataremos de no hacerle daño, señor Glengan —dijo educadamente el fulano de la pistola—. Es decir, a menos que usted nos obligue a ello.

—¿Y qué es lo que quieren de mí? —pregunté, volviéndome en el asiento para mirarlo.

La pistola se apoyó súbitamente en el hueco de mi costado derecho.

—Por favor, no se resista. Mike, desármale.

El llamado Mike me quitó el revólver de Bryfe y la pistolita de Fay Clarence. Luego sacó una especie de trapo negro de su bolsillo.

A todo esto, el «Cadillac» rodaba ya por la calle en dirección a La Brea. Esto es lo único que pude saber por el momento, porque apenas me habían despojado de las armas, el individuo de la pistola dijo:

—Para nuestra propia seguridad, señor Glengan, nos permitirá

usted que le tapemos los ojos. ¿Mike?

—Sí, Upstone.

Mike desplegó el trapo negro, que no era otra cosa que una bolsa de paño, con la cual me cubrió la cabeza por completo, atándome luego los cordones de la misma en torno a la garganta. Podía respirar por los intersticios de la abertura no demasiado ceñida, pero no veía nada en absoluto.

—¿A dónde me llevan? —pregunté a través del capuchón.

—No hable —fue la única respuesta que recibí.

CAPÍTULO VII

Después de una hora larga de rodar a una velocidad no excesiva, el «Cadillac» se detuvo.

—Hemos de apearnos —dijo Upstone, tomándome por un brazo —. Por favor, no se resista.

Solté un gruñido de cólera. «Vaya un modo de comenzar mis proyectadas vacaciones. A ver si van a ser definitivas», me dije.

Caminamos por un sendero enarenado, a juzgar por el crujido de nuestros pies al pisar. Luego entramos en una casa. Muy atentos, los pandilleros iban sosteniéndome educadamente, a la vez que me indicaban cuándo había de levantar los pies para no tropezar con ningún escalón.

Calculé que estábamos atravesando unas cuantas habitaciones. Luego, uno de los esbirros abrió una puerta, cuya cerradura rechinó lúgubremente. A través del capuchón recibí en la nariz una vaharada de aire fétido, como procedente de una estancia sin ventilación durante largo tiempo.

Descendimos por unas escaleras bastante mal cuidadas. Conté unos quince escalones, al cabo de los cuales, las manos que me sostenían por los brazos me soltaron.

Quedé en pie en el centro de la estancia. De pronto, la puerta se cerró a mis espaldas. Presentí que me había quedado solo.

Al cabo de un rato levanté las manos y solté los cordones del capuchón. La oscuridad continuó. No había luz alguna en aquel lugar.

Rebusqué en mis bolsillos, dando con una tira de fósforos. Encendí uno, encontrándome en una habitación cuadrada, de unos diez metros de lado. El techo estaba a cuatro de altura sobre el suelo, en uno de cuyos ángulos divisé un fuerte gancho, del cual pendía una soga, cuya sola imagen puso un nudo en mi garganta.

En el rincón opuesto vi unos cajones que, según pude apreciar

más tarde, estaban completamente vacíos. Un poco más allá había una puerta de hierro, que no era precisamente la que yo había cruzado para llegar allí. Pero tanto la una como la otra estaban sólidamente cerradas y resistieron impunemente a todos mis esfuerzos.

Gasté tres o cuatro fósforos en examinar a mi sabor el lugar de mi encierro. Luego encendí un cigarrillo y me puse a pensar.

No entendía nada, salvo que aquellos individuos, como Bryfe y como Fay Clarence, querían saber lo que yo había visto en casa de esta última. Pero ¿qué diablos podía ser lo que tanto les interesaba?

Pasó media hora sin que hallara respuesta para tales preguntas. Resignado, desconociendo la suerte que me esperaba, decidí que lo mejor era descansar un poco, para lo cual me senté en uno de los cajones vacíos.

Cuando menos lo esperaba, una llave rechinó en la cerradura. Me puse en pie, mirando hacia la puerta, la cual se abrió de inmediato. Al fin iba a saber lo que querían aquellos individuos.

Un rayo de luz atravesó el umbral, llegando hasta el lugar en que me hallaba. Una sombra se dibujó de forma alargada sobre el suelo, dejándome estupefacto al ver reconocer a la persona que acababa de llegar a mi encierro.

—¡Pat Aldrich! —exclamé, completamente aturdido.

Ella se puso un dedo en los labios, a la vez que avanzaba hacia mí con paso sigiloso.

—Silencio —dijo—. No haga ruido, Lionel.

—Pero ¿qué diablos sucede? ¿Cómo está usted aquí? —pregunté en voz baja, aunque conteniendo difícilmente mi excitación.

—Iba a verle cuando me di cuenta de que se lo llevaban prisionero. Entonces, procurando no ser vista, les seguí con mi coche.

—¿Cómo ha conseguido entrar en la casa?

—Ahora no hay nadie, Lionel —contestó la muchacha—. Se han ido, pero no creo que tarden en volver.

—Pues no pienso esperarles aquí —dije, tomándola por el brazo y dirigiéndome hacia la puerta, en el mismo momento en que unas voces de hombre se escuchaban en el piso superior.

—¡Lionel, han vuelto ya! —exclamó ella, aterrada.

Miré en torno mío. Era evidente que no teníamos ya tiempo de

salir. Los forajidos nos divisarían y, Upstone lo había dicho bien claro, no me haría daño mientras me portase bien. Naturalmente, la advertencia podía hacerse extensiva a la muchacha y con mayor razón, puesto que ella había descubierto su escondite.

De pronto se me ocurrió una idea. Era descabellada, pero la única que cabía en aquellos momentos.

—¡Pronto —dije—, escóndase tras aquellos cajones! ¡No pierda tiempo!

Ella corrió en silencio, haciendo lo que la ordenaba. Cerré la puerta de golpe y me senté sobre uno de los cajones, cuyo tamaño era lo suficiente como para ocultar el cuerpo acurrucado de Pat.

Voces airadas sonaron al otro lado de la puerta.

—¿Quién diablos se ha dejado la llave puesta?

Alguien protestó. Una voz autoritaria hizo callar a unos y a otros.

—Esperemos que ese maldito entrometido no se haya percatado del detalle. Vamos, abrid de una vez.

La puerta giró de nuevo sobre sus goznes. Cuatro hombres penetraron en el sótano. Uno de ellos, sin embargo, se quedó rezagado en el umbral, con el sombrero calado hasta las cejas, de modo que me resultó imposible verle el rostro.

Los otros tres eran Upstone, Mike y el conductor del «Cadillac». Este traía un potente reflector eléctrico con trípode, que colocó sobre el suelo, buscando un empalme para el cable conductor.

Upstone y Mike vinieron hacia mí y, en medio de mis protestas, me despojaron de la chaqueta, dejándome en mangas de camisa, sin querer contestar en modo alguno a mis preguntas.

Luego me ataron las manos con una cuerda. A viva fuerza fui conducido hasta el gancho y obligado a levantar los brazos.

Ataron la cuerda que pendía del gancho a la que unía mis muñecas y luego tiraron hasta que mis pies quedaron a pocos centímetros del suelo. Si alguien no sabe cómo duelen las muñecas y las coyunturas de los hombros en tal posición, le recomiendo que haga una prueba. No volverá a repetirla en los días de su vida.

Mientras tanto, el chofer había colocado el reflector a pocos pasos del lugar en que me encontraba. Conectó el cable, y un chorro de luz inundó al instante el rincón, obligándome a volver la cabeza a un lado.

El hombre del sombrero se situó tras el reflector.

—Bájale la cara, Upstone —dijo.

Upstone tiró de mi pelo, obligándome a mirar hacia el foco de luz. Mis ojos empezaron a dolerme de inmediato. Aún los tenía resentidos de las largas horas pasadas en el desierto.

—Señor Glengan —dijo «Sombrero»—, queremos saber de usted una cosa.

—Sí —dije rabiosamente, sin dejarle seguir adelante—, lo que vi en casa de Lon Rellon. Pues bien, váyase al infierno, porque no vi nada más que un aeroplano que supongo tenía un cadáver dentro, ya que la sangre goteaba al suelo. Eso es todo lo que vi, y ahora suélteme, condenado sea.

Mi explosión de ira pareció sorprender un tanto a «Sombrero», el cual quedó turbado durante un instante. Se rehízo pronto, sin embargo, y volvió a hablar.

—Vio algo más, estoy seguro de ello, señor Glengan. Hable francamente, lo digo por su bien. Confieso que todo esto es un poco de escenografía para asustarle, pero si piensa que no podemos sacarle las palabras del cuerpo como sea, se equivoca. Hable, se lo ruego.

—No sé nada, no sé nada —repetí exasperado una y otra vez—. Usted es el tercero que me lo pregunta en el mismo día y el tercero a quién le doy la misma respuesta: ¡Muérase!

«Sombrero» calló un instante. Luego dijo:

—Muy bien. Upstone, adelante.

Los dos esbirros se acercaron a mí y, agarrando cada uno de ellos una de las hombreras de mi camisa, tiraron de la tela bruscamente, dejándome la espalda al aire. Sus intenciones eran harto patentes.

Toda la buena educación de que Upstone había hecho gala desde un principio desapareció en un santiamén. Rogué por que no vieran a Pat; de lo contrario, serían capaces de torturarla igualmente.

Algo chasqueó siniestramente en el aire. El resplandor del foco no me permitió ver el látigo que uno de los dos esbirros tenía en las manos.

El látigo silbó un instante en el aire. De pronto me faltó el aliento.

Pareció como si me hubiesen aplicado una serpiente de fuego a

la espalda. La piel empezó a arderme en el lugar donde había recibido el latigazo.

El rufián levantó el látigo de nuevo. Pero no llegó a bajarlo.

Una detonación estalló en el piso superior, y su sonido llegó claramente hasta el sótano. Luego se oyó un grito.

—¡Cuidado! ¡Son…!

El resto de la frase no se pudo escuchar, apagado por el bramido de una pistola ametralladora. Al acallarse el tableteo de la misma, se oyó el choque de un cuerpo contra el suelo.

Unos pies sonaron presurosos en el piso superior. «No se mueva, Pat», supliqué mentalmente.

El chofer se lanzó escaleras arriba. Recibió una descarga de ametralladora que lo partió por la mitad, haciéndolo rodar por los peldaños hasta quedar inmóvil en el suelo, en medio de un charco de sangre.

Upstone y Mike levantaron los brazos. Se rendían sin lucha.

Tres hombres penetraron en el sótano. Uno de ellos era portador de una «Thompson» de pavoroso aspecto. Los otros dos empuñaban sendas pistolas.

—Vosotros, a la pared —rugió una voz.

Upstone y Mike obedecieron en el acto. Se colocaron cara a la pared, con los brazos en alto.

—¿Qué es lo que queréis? —preguntó Upstone.

—Pregúntaselo a Satanás —contestó el que había hablado primero—. Mátalos, Scanlon.

La ametralladora bramó ensordecedoramente. Volví la vista a un lado para no contemplar el terrorífico espectáculo.

Los gritos de Upstone y de Mike fueron acallados por el atronador tableteo del arma. Ambos forajidos cayeron al suelo, todavía estremeciéndose en las últimas convulsiones de su existencia. Scanlon acabó con sus movimientos mediante un nuevo riego de balas.

El silencio se hizo después del estruendoso fragor del arma. La presión en mis oídos disminuyó bruscamente, aunque no el dolor de mis ojos.

El reflector fue apartado a un lado. Mis pupilas se sintieron muy aliviadas al cesar el continuo impacto de la luz.

La voz de Bryfe sonó de pronto.

—Y ahora —dijo—, aprovechando la labor que estos idiotas han realizado para nosotros, vamos a ver si nuestro buen amigo, el insigne detective Lionel Glengan, quiere decirnos lo que vio en casa de Lon Rellon.

—¡Alto! —exclamó en aquellos momentos una voz de tonos vibrantes—. ¡Suelten todos las armas o dispararé!



—¡Alto! —exclamó una voz...

CAPÍTULO VIII

Los bandidos se quedaron paralizados por un momento al ver surgir ante ellos a una persona a quién no esperaban ver en aquellos instantes.

Pat había salido de su escondite y les encañonaba con un revólver calibre 22, pequeño pero muy efectivo a una distancia tan corta como la que le separaba de aquellos forajidos.

Sin embargo, Bryfe y sus esbirros eran personas duchas y avezadas a toda clase de situaciones difíciles. No tardaron en reaccionar.

Sáchez estaba junto a mí. Al acabarse el tiroteo, había guardado el arma y confió en su rapidez y experiencia para poder sacarla antes de que Pat pudiera disparar. Olvidó, sin embargo, que estaba a dos pasos de mí.

Cargando el peso en las muñecas, levanté ambos pies, golpeándole con todas mis fuerzas en el costado. Sáchez lanzó un agudo grito y salió disparado hacia un rincón.

En el mismo momento, Pat disparó. Lo hizo una sola vez, pero demostró que era una magnífica tiradora. Un redondo circulito negro surgió de pronto en la frente de Scanlon.

Las manos del forajido se abrieron, dejando caer la «Thompson» al suelo, a la vez que una expresión de inmenso asombro aparecía en su rostro. Dobló sus rodillas y se venció de bruces, sin un, suspiro.

Acto seguido, Pat volvió el arma contra Bryfe. Estaba muy pálida —lo que había allí en el suelo era para revolver el estómago a un matarife—, pero se mantenía serena.

—Su pistola, al suelo —ordenó.

Bryfe obedeció. Sáchez gemía en un rincón, frotándose quejumbrosamente el costado.

—Ahora, suéltelo —dijo—. Y no intente nada. Ya ve la suerte

que ha corrido su esbirro. ¡Pronto!

Los ojos de Bryfe centelleaban de cólera y miedo al mismo tiempo. Obedeció con renuencia, pero unos minutos más tarde me encontraba libre, aunque con las muñecas completamente doloridas por la presión de la soga.

Tenía los ojos muy escocidos y me lagrimeaban continuamente, por no hablar del hermoso verdugón de mi espalda. Pese a todo, pude encontrar mi chaqueta y ponérmela, mordiéndome los labios para no gritar de dolor al sentir el roce del tejido contra mi carne.

Me apropié de la pistola de Sáchez, desarmando luego a Bryfe. No pude contener un gesto de cólera y le pegué con el caño del arma en la sien. Bryfe se desplomó al suelo sin Un gemido.

—Lionel, vámonos de aquí, pronto —exclamó Pat.

La miré un instante. Seguía esforzándose, pero era evidente que si continuaba allí unos minutos más, acabaría cayendo redonda al suelo.

—Bien, ahora mismo. —Y de repente, noté una cosa que se me había pasado con todo aquel jaleo—: ¿Dónde diablos se ha metido «Sombrero»?

—¿Quién es «Sombrero»? —inquirió Pat, muy extrañada.

Miré en torno mío. El jefe de Upstone no estaba en el suelo.

¿Cómo había podido huir del tiroteo?

Lo comprendí unos momentos después, cuando vi la puertecita abierta a medias. Debió escapar en cuanto oyó el disparo en el piso superior, pero yo no me había percatado de ello, porque no podía mirar a causa hacia allí a causa del reflector enfocado directamente a mis ojos. Indudablemente, aquella puerta conducía a otra salida, pero en aquellos momentos yo no tenía ganas de seguir practicando investigaciones. Mi deseo más ferviente era uno solo: largarme de allí cuanto antes.

—Se lo explicaré más tarde —dije—. Vámonos.

Retrocedimos prudentemente hasta la puerta, que cerramos con llave. Luego subimos las escaleras a todo correr, tropezándonos en más de una ocasión.

Al llegar al piso superior vimos a un cadáver en el suelo, en medio de un lago de sangre. Dimos un rodeo para no pisarlo y salimos fuera de la casa.

Era ya de noche y tenía que cerrar casi continuamente los ojos,

más a pesar de todo pude apreciar que nos hallábamos en las inmediaciones de Beverly Hills. Cruzamos el jardín que rodeaba aquella casa y salimos a la acera.

Pat se dio cuenta de mis dificultades y me condujo hasta un coche aparcado junto al bordillo.

—Yo conduciré —dijo.

Asentí pesadamente. Pasé al otro lado, sentándome con gran cuidado para sufrir menos en la espalda. Luego, sintiéndome exhausto, recliné la cabeza en el respaldo.

—Lléveme a da Jefatura de Policía —murmuré cansadamente—. Quiero hablar con el capitán Ballantyne.

—Sí, Lionel.

Pat puso el motor en marcha y arrancó. El ronroneo del motor y la fatiga, después de un día tan movido, acabaron por vencerme y me quedé dormido.

Cuando me desperté, vi que no teníamos ninguna luz sobre nosotros, excepto la de la luna, que hacía brillar la carretera como una cinta de plata.

Sin poder contenerme, pegué un respingo en el asiento. El gesto me lastimó el verdugón y solté un chillido de dolor.

—¡Eh! —exclamé—. Éste no es el camino de la Jefatura de Policía, Pat.

Ella no se volvió siquiera para mirarme.

—Ya lo sé —conducía serenamente, con suma pericia, manteniendo la aguja del cuenta-millas fija en el número cincuenta —. No vamos a ver al capitán Ballantyne.

Haciendo un esfuerzo, pude erguirme en el asiento. Consulté el reloj y me espanté: eran ya las dos y media de la mañana.

—¿A dónde me lleva, Pat? —pregunté con acento incisivo.

Ella volvió un instante la cabeza para sonreírme encantadoramente.

—¿Tan mal detective es que no se siente capaz de adivinarlo?

Me golpeé la frente con la mano, a la vez que dejaba escapar un hondo gemido.

—Oh, no, no… —murmuré.

Ella exhaló una burlona carcajada. Como respuesta, pisó el acelerador, haciendo subir la aguja hasta el número sesenta.

Rodamos durante una hora en silencio. Al cabo de ese tiempo,

avistamos las luces de un parador.

Pat quitó gas.

—Tomaremos un bocado —dijo—. Nos está haciendo mucha falta.

—Yo no podré —dije—. Los ojos…

—En la guantera hay unas gafas negras. Póngaselas.

—Piensa usted en todo, ¿eh? —rezongué.

—Eran de un amigo que se las dejó olvidadas —respondió ella sin inmutarse.

Un minuto más tarde detenía el coche frente al parador. Fui a cogerle la llave de contacto, pero ella pareció adivinar mis intenciones y fue más rápida que yo. Mantuvo la llave en alto sobre el busto mientras sonreía picarescamente, y luego la soltó para que cayera en… ¡ejem! bueno, allí adentro.

Su risa sonó con argentinos trémolos mientras salía del coche. Tratando de dominar los dolores que sentía por todo el cuerpo, la seguí.

El parador estaba lleno de chóferes de camión que hacían un alto en su ruta. Buscamos una mesa libre y nos sentamos a ella.

La camarera nos atendió sin hacemos pregunta alguna. A petición nuestra nos sirvió unos emparedados de carne picada, café y buñuelos. Yo caí sobre la comida como un buitre hambriento; estaba sin probar bocado desde las nueve de la mañana.

No hablé hasta que hube pasado el último buñuelo. Entonces, manteniendo la taza de café en alto, la miré de frente.

—¿Y ahora, querrá decirme por qué me ha raptado?

—Creo, querido Lionel, que la casa de tía Elaine es el mejor lugar para refugiarnos durante una temporada. También creo que le conviene un poco de descanso y por ello me he permitido llevármelo conmigo.

—Y de paso, solucionarles sus problemas.

—Seamos francos; ¿por qué no? —respondió, apoyando los codos en la mesa, a la vez que me dirigía la profunda e insinuante mirada de sus grandes ojos negros.

—¿También usted quiere saber lo que vi en casa de Rellon?

—Sí.

Terminé el café y saqué cigarrillos.

—¿Puedo saber por qué hace usted esto?

—Por mí tía, naturalmente.
—¿Y su tía? No, no siga; sé que me dirá que es porque quiere sacudirse de encima unos moscones que revolotean sobre la miel de su dinero. Antes habló usted de ser francos. ¿Por qué no empieza dando el ejemplo?
—Esperaré a que me lo autorice mi tía Elaine.
—¿Se da cuenta de que cuando llegue a su casa intentaré volver de nuevo a Los Ángeles?
—Correremos el riesgo —dijo sin inmutarse.
—Pero usted sabe que no lo haré, maldita sea —rezongué—. Tendré que quedarme con ustedes hasta que…
Sonrió encantadoramente.
—Continúe; no se interrumpa, Lionel.
—Ya está dicho todo. Tendré que concluir el asunto.
—Por todo lo cual, mi tía le quedará inmensamente reconocida.
—¿Y usted no? —pregunté intencionadamente.
Ella se turbó un momento. Bajó los ojos, en tanto que su protuberante busto se agitaba perceptiblemente.
—Bueno, ¿por qué no? —murmuró, con voz algo alterada.
—Es usted maravillosa, Pat. ¿No se lo han dicho nunca antes de ahora?
—Sí, pero no de la forma en que me lo dice usted, Lionel.
—¿Se diferencia mucho de la forma en que se lo expresaron los otros? —pregunté.
Ella aplastó el cigarrillo contra el cenicero. Fue a decir algo, pero la interrumpí.
—Escuche, ¿sabe que Fay Clarence vino a visitarme ayer por la tarde?
—No, pero tampoco me sorprende, Lionel. ¿Qué le dijo?
—Lo mismo que usted. Lo mismo que Bryfe y «Sombrero».
—¿Quién es «Sombrero», Lionel?
—No lo sé. No lo he visto en mi vida. Le doy ese apodo porque es la única forma que conozco de llamarlo. Pero todos querían saber qué vi en casa de los hijastros de su tía. Y, condenación, allí no vi nada, excepto un aeroplano y, presumiblemente, un cadáver. Bueno, también el rifle con que disparan a su tía todos los días a las once de la mañana. Eso es todo, así me cuelguen de un pino de cien metros de altura.

—Es extraño —murmuró ella—. Me gustaría saber por qué se interesa tanta gente por la casa de Lon Rellon.

—A mí me gustaría mucho más saber otra cosa —dije furiosamente.

—¿Cuál, Lionel?

—El nombre del tipo que me llevó al desierto, atándome a cuatro estacas para que muriera insolado. Le aseguro que, si lo veo, le voy a machacar las narices muy a gusto.

—Fue una sucia faena, por supuesto, Lionel. De todas formas, si quiere echarle el guante, mejor que en casa de tía Elaine no podrá conseguirlo en ninguna otra parte.

—Eso suena a muy razonable —concordé, dejando un billete sobre la mesa. Nos pusimos en pie, encaminándonos hacia la puerta.

Antes de entrar en el coche, la tomé por un brazo.

—Pat, quiero hacerle una pregunta.

—¿Sí, Lionel?

—¿Continúa disparando el rifle a las once de la mañana?

—A las once, un minuto y diez segundos exactamente.

—Alguien hay a quién no le marcha bien el reloj —resumí filosóficamente.

CAPÍTULO IX

Tres días de descanso, sin hacer nada, obraron maravillas en mi cuerpo. Parecía como si Pat hubiera dado por sentado que iba a permanecer en casa de su tía una buena temporada, porque en el armario de la habitación que me habían asignado encontré todo lo necesario en cuestión de indumentaria, aunque casi la única que usaba en un lugar semejante eran unos pantalones cortos, una camisa fresca y unas sandalias.

Pasaba la mayor parte del tiempo en el solárium, junto a la piscina, reposando y tostándome, aunque siempre con mucho cuidado para los ojos. Pat y yo intimamos bastante, hasta el punto de empezar a pensar que, si seguía allí muchos días, acabaría quemándome con un fuego no visible precisamente.

Al cuarto día de mi estancia, me sentí lo suficientemente fuerte como para empezar a hacer pinitos detectivescos. Por supuesto, tanto Pat como su tía Elaine habían sido lo bastante discretas como para no hacerme la menor insinuación en tal sentido. Pero yo me sentía un tanto picado en mi amor propio por lo que había sucedido, y a toda costa quería saber lo que existía en el fondo de aquel endiablado asunto.

Recordé algunos de los detalles observados durante mi estancia en casa de Lon Rellon. La soledad de la mansión, el cigarrillo humeante en el cenicero, los dos vasos de licor a medias y luego vacíos, los extraños mecanismos acoplados al rifle… ¿Qué misterio encerraban aquellos detalles?

Se me ocurrió de pronto que podía intentar hacer una llamada telefónica. Pat dormitaba sobre una balsa de goma que flotaba perezosamente en el Centro de la piscina, en tanto que en el interior de la mansión el silencio era absoluto.

Me arriesgué a cortar el sopor de la muchacha.

—¡Pat! —llamé.

—¿Sí, Lionel? —dijo con indolencia.

—¿Sabes tú cuál es el número de Lon Rellon?

—Por supuesto… —Me lo dio y luego quise saber—: ¿Por qué lo preguntas?

—Simplemente, quería hacer una prueba.

Se volvió en la balsa, quedando echada de pecho en ella. Con la barbilla apoyada en los brazos me miró profundamente.

—¿Has desenterrado el hacha de guerra, Lionel?

—Posiblemente —contesté, haciendo una mueca.

Me puse en pie y caminé hacia el interior del edificio. En aquel mismo momento sonó un disparo.

Agaché la cabeza instintivamente, a la vez que juraba entre dientes. Pat rió con argentinas carcajadas. A mí no me hacía mucha gracia tener todos los días una sesión de tiro a las once de la mañana.

Entré en el espacioso *living*, en cuya pared frontera se veían claramente las huellas de sesenta y tantos impactos. Sacudí la cabeza. Una idea se me había aposentado en la pensadera y quería comprobar si estaba en lo cierto o sólo se trataba de suposiciones sin fundamento.

Levanté el teléfono y disqué el número de la casa vecina. Una, voz metálica, un tanto estridente, sonó en el auricular.

—Habla Lon Rellon —dijo la voz.

—¿Señor Rellon? —Procuré repetir exactamente las mismas palabras pronunciadas por Baptiste, el mayordomo, el día en que le oí hablar con el hijastro de la dueña de la casa—. La señora Corkins desea saber los motivos de su retraso en el disparo de todos los días.

—Escuche —contestó la voz—: dígale esto a la señora Corkins, Baptiste: «Váyase al infierno, vieja bruja».

E inmediatamente sonó el «¡clic!» anunciador de que se había cortado la comunicación.

No me inmuté por lo que había oído. Volví a llamar de nuevo y dije:

—¿Señor Rellon? La señora Corkins me ordena le llame a usted hijo de perra.

—Baptiste, dígale a esa individua lo siguiente: «¡Gorda asquerosa y repugnante!».

—Muy bien, señor, así lo haré.

Y colgué por segunda vez.

Entonces oí a Pat a mi lado.

—Lionel, ¿qué estás haciendo?

La miré, profundamente preocupado.

—Comprobar una teoría, nena —respondí.

—¿Qué teoría? —preguntó, sumamente intrigada. Señalé el teléfono.

—Anda, llama a casa de Rellon y dile que el disparo se ha retrasado un —minuto y diez segundos.

Sin comprender del todo lo que quería decir, Pat obedeció.

Pegué mi oreja a la suya, con el fin de escuchar lo que respondían a través del aparato.

La voz de Rellon sonó de nuevo:

—Escuche, Baptiste, dígale esto a la señora Corkins: «Váyase al infierno, vieja bruja».

Corté la comunicación un instante y luego volví a marcar el mismo número. Pat me miraba atónita, sin saber cuáles eran mis intenciones.

—Ahora, dile a Lon que la señora te ha encargado que le llames hijo de perra.

Pat se puso muy colorada, pero obedeció. La respuesta fue:

—Baptiste, dígale a esa individua lo siguiente: «¡Gorda asquerosa y repugnante!».

Tomé el teléfono de manos de Pat, la cual permanecía como aturdida.

Dije:

—Cada vez que llames a casa de Lon te contestarán siempre lo mismo, aunque le preguntes por el boletín meteorológico o el domicilio de tu mejor amiga.

—¡Santo Dios! —exclamó Pat, atónita—. ¿Crees que tiene el teléfono, conectado a un disco?

—Creo muchas más cosas, pero no puedo afirmarlas mientras no haya hecho un nuevo reconocimiento del terreno. Y eso es algo que voy a poner en ejecución inmediatamente.

—Iré contigo, Lionel —dijo ella, muy decidida.

—¿Así? —pregunté, indicando el brevísimo dos pie— cas que usaba.

—Me pondré algo encima —exclamó, echando a correr.

Por mi parte, subí a mi habitación, en donde me puse unos pantalones de hilo, calcetines y zapatos de suela de goma. Busqué en uno de los cajones de la cómoda donde tenía la ropa y saqué una de las pistolas que me habían quedado como botín después de aquellas horas tan accidentadas.

Pat vino momentos después, vestida con una blusa y una falda de amplio vuelo.

—Listos —dijo, balanceando un gran bolso de rafia roja, que me pareció sumamente pesado. Demasiado suponía lo que llevaba en él.

Mientras rodábamos en el coche en dirección a casa de Lon Rellon, pregunté:

—Tu tía hace mucho tiempo que no se habla directamente con los Rellon, ¿no es cierto?

—Sí. Según tengo entendido, más o menos desde el día de la lectura del testamento de su difunto esposo.

—Esto empieza a hacerse algo más claro —comenté.

Minutos después llegábamos a la puerta de la mansión de los Rellon. La verja estaba cerrada, aunque no con llave. Saltamos del coche y, empujando la puerta de hierro, nos franqueamos la entrada.

El silencio era absoluto. La casa y el jardín parecían desiertos. Levanté la voz en un par de ocasiones, pero nadie, como la vez anterior, contestó a mis llamadas.

Pat se apretó temerosamente contra mí. La calidez de su cuerpo atravesó el fino tejido de mi camisa. La quietud de la casa imponía, si he de ser franco.

Llegados al edificio, sin que nos hubieran detenido ni llamado la atención. De nuevo volví a gritar, sin recibir la menor respuesta.

Atravesamos el edificio, saliendo a la terraza posterior, la que daba al hangar y a la piscina. La mesa, las sillas y el toldo continuaban, pero ahora no se veía en ellas el menor rastro de que alguien hubiese estado bebiendo o descansando.

—Volvamos adentro —dije.

Pat asintió en silencio. Empecé a buscar, hasta descubrir el teléfono, el cual se hallaba en una habitación inmediata al vestíbulo. Junto al teléfono había un grabador de cinta y, entre los dos, una cajita negra, cuadrada, unida a ambos por sendos cables.

—Aquí tienes —dije—, el misterio de las respuestas siempre idéntica. Cada vez que tu tía llama para protestar del retraso en el disparo, da cinta contesta con una frase grabada de antemano. Luego se oye el «clic» del corte, y al llamar por segunda vez, se escucha la segunda frase. Una vez pronunciada ésta, el automático que ves entre la grabadora y el teléfono vuelve la cinta a la posición de partida, dejándola de nuevo lista para repetir las frases que conocemos de sobra.

Pat asintió, pasmada por el descubrimiento. Pero de pronto, me efectuó una observación, señalándome un detalle en el cual no había reparado.

—¿Y si llama alguien que no es tía Elaine? ¿También le contestará «Váyase al infierno», etcétera?

Me froté la mandíbula, sumamente pensativo. De pronto, me fijé en algo que hasta entonces se me había pasado inadvertido.

La base del teléfono era algo mayor que lo ordinario. Esto me intrigó. ¿Qué objeto tenía un pie de un tamaño tan inusitado?

La luz se hizo de pronto en las tinieblas de mi mente.

—Ya está —dije.

Pat me miró ansiosamente. La agarré por el brazo, mientras señalaba el teléfono.

—Escucha, ese teléfono responde a dos líneas que, naturalmente, atienden a dos números distintos. Tu tía, Baptiste, mejor dicho, emplea siempre el número que figura en la lista, ¿no es así?

—Supongo —contestó la muchacha.

—Y cuando llaman otros, emplean el segundo número de teléfono. ¿Qué te parece?

—¿Y para qué quiere Lon usar dos números?

Lancé un suspiro.

—Vamos para arriba —dije—. Quiero enseñarte otra cosa. Cuando conozca los móviles de Lon, podré aclararte este misterio del teléfono y muchas más cosas. Mientras tanto, no podemos hacer sino dedicarnos al bonito e instructivo juego de las deducciones.

Busqué la habitación donde estaba el rifle. El asombro de la chica creció al ver la extraña instalación.

—¡Dios mío, qué cosa tan extraña! ¿Para qué sirve esto, Lionel?

Me acerqué al rifle, que era del modelo automático, un
«M-1»

militar, examinándolo durante unos momentos con suma atención. Luego volví junto a la pared, desconectando el cable. El ronroneo del aparatito situado entre el rifle y la toma de corriente cesó en el acto.

Me senté en el suelo, para examinar la caja con más comodidad. Después de unos momentos de forcejeo, pude quitar la tapa. Una de las cosas que había en su interior era un reloj del tipo que se usa en las fábricas para marcar la hora de entrada. Había también más cosas que no supe identificar, pero cuyo objeto, después de lo visto, se comprendía fácilmente. Levanté la caja en alto.

—Este reloj dispara el rifle cada veinticuatro horas —dije. Me puse en pie, señalando los tensores y palancas que movían el disparador—. Mira, Pat, cada vez que el reloj marca las once (las once y un minuto y diez segundos en el de tu tía), un impulso eléctrico mueve el gatillo del rifle. El percusor cae sobre un cartucho y, ¡pam! la bala parte hacia casa de tía Elaine.

Volví a poner las cosas tal como estaban; no convenía que se enterasen de nuestra presencia en la casa.

—Todo eso está muy bien, Lionel —dijo ella—. Pero ¿quién recarga el rifle cuando las municiones se agotan?

Me puse en pie, acercándome al fusil. Puse el seguro y luego saqué el cargador. Quedaba un cartucho.

Volví el cargador a su sitio y quité el seguro.

—Pasado mañana —dije—, alguien tendrá que venir a reponer las municiones.

—O mañana, después de las once —sugirió Pat.

—O mañana, después de las once —concordé.

Permanecimos pensativos durante unos segundos. Luego, Pat dijo:

—Lionel, la verdad, no comprendo nada de lo que sucede. No entiendo por qué tratan de atemorizar a tía Elaine. Estoy presintiendo que se trata de algo más que de una simple cuestión de herencia.

—Lo mismo creo yo —dije—. Si tía Elaine quisiera hablar…

Pero esto era imposible de conseguir. Harto lo había probado durante los días que llevaba como huésped suyo, no consiguiendo más que rotundas negativas, cuando no insultos descarados. Tía Elaine había dicho que consiguiera que Lon la dejase en paz y que

no hiciese otras preguntas. Eso era todo lo que sabía por el momento.

—Volvamos —murmuré, bastante desalentado.

Aquella noche no pude dormir. ¡Había tantas cosas que me lo impedían! A las dos de la mañana, furioso conmigo mismo, me puse en pie y salí a la terraza de mi habitación.

La luna iluminaba de modo irreal el desierto, bañándolo en una suave pero clara luz plateada, que prestaba un aire fantasmagórico al paisaje. Era tanta la claridad, que podía divisar perfectamente la cumbre del San Antonio, a casi treinta kilómetros de distancia.

Permanecí unos momentos allí, inyectando aire puro a mis pulmones. Al fin, sentí que mis nervios se relajaban y pensé que ya había conseguido la tranquilidad suficiente como para poder conciliar el sueño.

En aquel momento, un extraño ruido rompió la quietud de la noche.

Miré hacia el cielo. Un avión se acercaba al desierto, procedente del sur.

CAPÍTULO X

El zumbido del avión se acentuó. Al cabo de un rato pude verlo destacar contra el cielo. Dio una vuelta y empezó a perder altura.

El avión aterrizó a cosa de quinientos metros de distancia de casa de Rellon. Redujo gases y luego rodó lentamente hasta situarse, según podía deducir por el ruido del motor, frente al hangar. Después, el ruido se extinguió.

Era una lástima que yo no estuviese allí, me dije, en tanto regresaba a la cama. Hubiera podido, quizá, ver cosas muy interesantes. El avión venía del sur. ¿De qué parte? ¿Quién lo ocupaba?

Pensé mucho en ello mientras procuraba dormirme. Cuando al fin lo conseguí, eran ya las cuatro de la mañana, motivo por el cual bajé bastante tarde a desayunar al comedor.

Baptiste me sirvió el desayuno con rostro impasible. Al terminar, salí a la terraza. Pat estaba ya en la piscina. Tía Elaine se había derrumbado sobre una tumbona, con las faldas arremangadas hasta más arriba de las rodillas, con el fin de tostarse la piel de sus gruesas pantorrillas.

—Vaya, parece que has dormido a gusto, Lionel —comentó Pat. Estaba sentada en el borde de la piscina y jugueteaba con los pies dentro del agua.

Tía Elaine levantó un párpado y me miró.

—Seguro que estuvo pensando, ¿no es eso, detective?

—Sí —contesté, incisivamente—. En usted y en los motivos de su silencio.

—Váyase al diablo, fisgón. Le pago para que me espante los moscones, no para que se meta donde no le llaman.

—Lo malo es que me llaman sin meterme en ninguna parte —respondí audazmente, cosa que provocó una sonora carcajada de la muchacha.

—Ven a bañarte, Lionel —dijo—, y olvida ya tus preocupaciones.

—No puedo —respondí, a la vez que echaba una ojeada al reloj—. Estoy esperando el disparo de las once… y sólo faltan dos minutos.

—El reloj de Lon atrasa un minuto y diez segundos —dijo tía Elaine ácidamente.

—Entonces, esperaremos tres minutos y diez segundos —repuse, poniéndome un cigarrillo en la boca.

Esperamos en silencio, con los nervios en tensión. Casi podía escuchar el tictac de mi reloj de pulsera, pese a que tenía la mano metida en el bolsillo de mis pantalones.

¡Bang!

El disparo sonó un tanto amortiguado por la distancia. El chasquido de la bala al impactar contra la pared del *living* fue claramente perceptible.

Inmediatamente di media vuelta y eché a correr hacia la salida. Pat me persiguió, sumariamente ataviada con su dos piezas blanco, pero cuando quiso darme alcance ya estaba muy lejos de ella.

Esta vez, sin embargo, no llegué con el coche hasta la casa de Rellon. Detuve el vehículo a unos cincuenta metros y caminé a pie bajo el ardiente sol, hasta llegar a la parte sur de la tapia.

Era pleno día y me arriesgaba a ser visto, pero aun así, tenía la sensación de que iba a descubrir algo, muy interesante. En lugar de caminar hacia la verja, rodeé cautelosamente el cercado, yéndome hacia el lado contrario, donde se hallaba situado el hangar.

Éste se hallaba cerrado por medio de unas grandes puertas metálicas, de tipo plegable. La otra entrada estaba en el jardín, precisamente al otro lado de la tapia, pero yo no quería ser visto al menos hasta el último momento.

La puerta estaba cerrada con llave y, además, con un grueso candado. Ya me había prevenido contra semejante eventualidad y tenía en el bolsillo del pantalón los elementos necesarios para forzar ambas cosas.

El candado saltó después de un duro forcejeo con un trozo de barra de hierro de unos quince centímetros de largo por uno de grueso. Después usé el alambre de una horquilla para el pelo y así pude abrir la cerradura.

Replegué la puerta lo justo para poder colarme en el interior del hangar, volviéndola luego a su primitiva posición. Escuché un momento; todo parecía hallarse en silencio.

La oscuridad era completa. Me acerqué al avión a tientas y busqué la manija de la puerta por el mismo procedimiento. A continuación, la hice girar y abrí.

Saqué fósforos de mi bolsillo y encendí uno, sin asustarme el riesgo de un posible incendio. Escruté cuidadosamente el forro de los asientos, sin encontrar el menor rastro de sangre. Era evidente que la tapicería había sido cambiada después del crimen. Por allí no conseguiría averiguar nada más.

Bajé del avión y caminé hacia la puertecita que daba al jardín, la cual estaba cerrada con un simple pestillo. Abrí cautelosamente y miré al otro lado.

El jardín aparecía completamente desierto. Salí fuera, escondiéndome de un salto tras un cercano grupo de plantas. Me acurruqué, dejando pasar unos minutos.

Al cabo, pude advertir que no había nadie a la vista. Avancé, siempre sin hacer el menor ruido, y así pude llegar a la casa.

Entré por la puerta posterior. El edificio parecía tan deshabitado como de costumbre, aunque tenía la impresión de que en aquella ocasión sí había alguien en su interior. No lo sabía a ciencia cierta, pero podía presentirlo. ¿Sexto sentido? ¿Una especie de telepatía? Cualquiera lo sabe; lo cierto es que no me engañaba.

Primeramente pensé en las habitaciones contiguas al vestíbulo. Luego me dije que tal vez sería lo más conveniente mirar donde estaba el rifle. Quizá se encontraba cambiando el cargador al
«M-1».

Subí las escaleras sin hacer el menor ruido, llegando al descansillo superior. Escuché.

De pronto oí un ruidito. Miré rápidamente en dirección al lugar donde había oído aquel sonido. Resultó que no era en la habitación del rifle.

Saqué del bolsillo posterior de mis pantalones el revólver de que estaba provisto. Monté el gatillo y avancé hacia aquella puerta, asiendo el pomo con infinito cuidado.

Hice girar la puerta con gran lentitud. El ruidito se acentuó. Me pareció como si alguien estuviera removiendo menudos guijarros de

río dentro de una bolsa de tela o algo por el estilo.

Había un hombre de espaldas a mí. Sólo le había visto una vez y aun defectuosamente, pero pude identificarle al momento. Era el tipo a quién yo había puesto el apodo de «Sombrero».

Una pregunta acudió a mi imaginación de modo casi instintivo. ¿Por qué eran tan descuidados los dueños de aquella casa con las puertas?

La pregunta podía tener varias respuestas. Quizá era que confiaban en que la señora Corkins no pondría jamás los pies en el edificio. Posiblemente, a esto había que añadir la absoluta independencia de las casas que componían aquel poblado, cuyos moradores deseaban gozar de paz y tranquilidad absolutas, sin meterse en las vidas de sus vecinos. También se podía añadir la separación entre las villas; algunas las había distantes entre sí hasta cerca de un kilómetro. La de los hijastros de la señora Corkins y la de ésta eran las más, próximas entre sí, con sólo trescientos cincuenta metros de terreno entre ambas.

Fuera como fuere, el caso es que yo estaba allí y contemplaba con toda claridad lo que hacía «Sombrero». El tipo continuaba de espaldas a mí, manipulando en aquellos objetos que hacían un ruido tan raro.

El ruido cesó de pronto. «Sombrero» tomó un paquetito en las manos y se dirigió hacia un cuadro situado en la pared, el cual hizo girar a un lado, dejando al descubierto una caja fuerte empotrada en la misma. El cofre era sencillísimo: una simple puerta de metal que se abría con una llave vulgar y corriente, según pude apreciar.

«Sombrero» depositó su paquete en el interior del cofre, cerrándolo acto seguido al golpe. Ni tan siquiera dio media vuelta a la llave, limitándose a guardarla en el bolsillo. Luego volvió el cuadro a su primitiva posición, hecho lo cual apoyó la mano en la pared, a la derecha del cuadro.

Acto seguido, retrocedió de espaldas hasta situarse junto al muro opuesto. Contempló el cuadro con aire crítico, moviendo la cabeza a un lado y a otro, como si se tratara de un *connaisseur* experto examinando una obra de arte. Luego se volvió hacia la puerta y sonrió.

—¡Adelante, señor Glengan, adelante! —dijo.

Abrí la puerta y le encañoné con la pistola.

—Baje el arma, detective —continuó «Sombrero»—. Total, para lo que le va a servir… Le convendría mucho mirar lo que tiene a su espalda antes de soñar siquiera en apretar el gatillo.

Miré fijamente al individuo. Su rostro era de rasgos huesudos y sus ojos eran los más crueles que he visto en mi vida, incluyendo los del crótalo que estuvo a punto de acabar conmigo en el desierto. Su sonrisa expresaba un cinismo insuperable.

—Ése es un truco muy gastado —dije—. Levante las manos y quédese quieto dónde está.

«Sombrero» no se movió siquiera.

—¿Truco? ¿Está seguro de ello, Glengan?

La firmeza de su acento me hizo vacilar. «Sombrero» lo notó y rió con fuerza.

—Dale, chico —ordenó.

Quise volverme, pero ya era tarde. Algo me golpeó con fuerza detrás de la oreja y me derrumbé al suelo como un buey apuntillado.

Cuando me desperté, calculo que no muchos minutos después, me noté tendido en el suelo del vestíbulo, a juzgar por la frescura del pavimento. La cabeza me dolía horriblemente, pero al escuchar voces que hablaban sobre mí, traté de aguantar todo lo posible con el fin de escuchar la conversación que se desarrollaba en el sitio.

—Debemos deshacernos de él —decía uno.

—Y ahora mismo, sin perder un solo minuto.

La voz, dura e implacable, pertenecía a «Sombrero».

—¡No, por Dios! —exclamó una mujer. Aun sin verla, la reconocí con toda facilidad: era Fay Clarence—. No cometas más crímenes. Déjale que se vaya.

—¿Y que cuente todo lo que ha visto? Estás loca, nena.

—Opino que cometes un error —dijo alguien que había permanecido silencioso hasta aquel momento—. La muerte de Glengan no nos causará ningún beneficio, créeme.

—Vete al infierno —rugió «Sombrero»—. Ahora, después de todo lo que he hecho, ¿me venís con escrúpulos? Os estoy proporcionando a los dos ríos de dinero, ¿y todavía os quejáis? Vamos, muchachos, carguen con él y hagan lo que antes ordené.

Fay se sintió enérgica.

—¡No lo consentiré! —exclamó en voz alta.

Sonó el chasquido de una bofetada. Escuché un gemido de dolor, un crujiente revoloteo de faldas y luego el ruido de un cuerpo que cae al suelo.

Abrí ligeramente el ojo izquierdo. Fay Clarence había caído al suelo, a poca distancia del lugar en que me hallaba.

Fay empezó a llorar calladamente.

Hubo alguien que protestó.

—Eso que has hecho no me gusta, Ray.

—¿No? Vete al infierno, pobre bastardo. Vete por ahí a vivir con los mil dólares que te dejó el idiota de tu padre —contestó «Sombrero», airadamente—. No te gusta la perspectiva, ¿verdad? Pues entonces cierra el pico y limítate a ver sin hablar para nada.

—Como quieras, Ray —dijo Lon Rellon, vacilantemente—. Pero lo que estás haciendo te llevará a la ruina, te lo aseguro.

—Y tú y esa pécora de tu hermana me acompañaréis en esa ruina, también puedes estar seguro de ello. Hasta ahora he tolerado las andanzas de este entrometido porque carecían de importancia, pero ya empieza a saber demasiado. Cuanto antes nos lo quitemos de en medio, mejor para todos. Ustedes dos —se dirigía a un par de personajes desconocidos para mí— hagan lo que les dije antes.

En aquel momento hice un movimiento instintivo. Uno de los esbirros lo advirtió.

—Jefe, se mueve —observó.

—Dale otra vez, Chuck.

Sentí que el rufián, se arrodillaba junto a mí. Quise esquivar el golpe, pero no pude evitarlo. Mientras me hundía en la negrura de la inconsciencia, escuché el grito de Fay que se alejaba cada vez más rápidamente hasta apagarse del todo.

CAPÍTULO XI

La cabeza me zumbaba espantosamente. Sentía unas náuseas horribles y, cada vez que abría los ojos, un vértigo que me obligaba a cerrarlos en el acto.

De pronto noté que el suelo se hundía. El hundimiento, sin embargo, duró muy pocos segundos, apenas dos o tres. Luego, el suelo volvió a recobrar su firmeza.

El lacerante dolor que sentía en la nuca se marchó y volvió varias veces, como agudas puñaladas de fuego. Poco a poco fue alejándose, aunque sin esfumarse del todo. Diablos, a fin de cuentas, habían sido dos leñazos mayúsculos en menos de un cuarto de hora, y esto siempre se nota.

Pero el zumbido continuaba. ¿Por qué no se iba?

Abrí los ojos. Entonces me percaté de que estaba sentado en un cómodo sillón, al cual me encontraba sujeto por una correa de seguridad.

La sangre se me heló en las venas al comprender los propósitos de aquellos desalmados. Recordé el susurro y el golpe oídos cuando estaba atado a las estacas en el desierto. Recordé el cuerpo que había sido arrojado desde el avión a mil quinientos metros de altura, y los cabellos se me erizaron.

Aquellos forajidos pretendían hacer conmigo lo mismo. Me lanzarían al espacio, y mi carne se convertiría en pulpa y mis huesos en astillas. La gente tardaba meses en pasar por allí, y cuando un día encontrasen mis restos, sólo verían un montón de huesos pulverizados por la caída.

Cerré los ojos, tratando de pensar en lo que debía hacer. En primer lugar, debía simular que continuaba desmayado. Era evidente que proyectaban lanzarme al espacio aprovechándose de mi inconsciencia, y si despertaba antes de tiempo serían capaces de pegarme un tiro, los muy canallas.

Los observé a través de mis párpados entreabiertos. Eran dos y estaban sentados en los asientos delanteros. Me hubiera gustado tener una pistola a mano; quizá, en la furia que sentía, habría disparado contra ellos. Pero ¿de qué me hubiese servido, si no sé pilotar un avión?

Era preciso pensar algo que me sacara de aquel grave peligro, aunque no tenía la menor idea de lo que podía hacer para evitarlo. Ellos eran dos, armados y en la plenitud de sus facultades físicas. Yo era uno solo, sin armas y todavía muy aturdido por los dos golpes casi consecutivos que había recibido.

De pronto, vi que uno de los tipos se ponía en pie. Relajé mis músculos; era preciso seguir fingiendo hasta el final. El individuo dio la vuelta a su asiento y pasó a la parte posterior del avión.

El corazón me latía furiosamente Cómo no se dio cuenta aquel individuo, es algo que todavía no he podido comprender. Yo creo que el bataneo de los latidos se oía incluso por encima del zumbido del motor.

Primero soltó el pestillo de seguridad de la puerta y luego se inclinó sobre mí, soltándome los atalajes. Acto seguido me cogió por debajo los sobacos, tratando de ponerme en pie para llevarme hasta la puerta.

Éste fue el momento para entrar en acción. Levanté la rodilla con todas mis fuerzas y se la clavé en la ingle, haciéndole lanzar un alarido de dolor.

El piloto se volvió bruscamente al oír el ruido. Olvidóse por unos momentos de los mandos y el avión se balanceó bruscamente, arrojando a su compinche por el suelo y a mi encima de él.

El piloto niveló el avión, a la vez que gritaba algo que no pude entender. Mi contrincante me devolvió el golpe de idéntica manera, haciéndome sentir un terrible dolor en el bajo vientre. Rodé a un lado y él trató de echarse encima, con las maños abiertas a fin de agarrarse a mi garganta.

Luché desesperadamente con él. Era mi vida la que defendía y en aquellos momentos no era un ser humano, sino una bestia salvaje que luchaba por la existencia. Era cuestión de matar o, morir, siguiendo la inexorable ley de la supervivencia.

Pude avanzar una mano y le metí dos dedos en un ojo. El tipo se puso a aullar espantosamente, quedando a horcajadas arrodillado

sobre mí. Entonces encogí las piernas y luego las disparé con todas mis fuerzas.

El fulano salió proyectado hacia atrás con terrorífica violencia. Su espalda chocó contra la puerta, la que se abrió bruscamente.

El avión se balanceó espantosamente al recibir el golpe de aire en la puerta, que hacía a modo de un nuevo timón. Si el piloto hubiera estado advertido, no habría ocurrido nada, puesto que hubiera podido compensar con timones y alerones, pero al hallarle desprevenido, el aparato se ladeó bruscamente hacia la derecha.

La puerta se abrió aún más. El forajido sacó medio cuerpo fuera.

Abrió la boca de modo espantoso al darse cuenta de la horrible suerte que le esperaba. El desierto, a casi dos mil metros de distancia, era un conjunto de manchas amarillas y ocres, alternadas con algunas azules procedentes de las sombras proyectadas por las colinas. El viento irrumpió de modo huracanado en la cabina, junto con un tremendo bramido del motor.

El rufián trató he sujetarse con ambas manos al borde de la puerta. Las manos y los pies era lo único que tenía dentro del aparato. Pero bien fuera por el impulso recibido, bien porque el piloto no había nivelado aún y el fuselaje tenía una inclinación axial de cuarenta y cinco grados, o acaso por la fuerza de succión del viento desplazado por la marcha, el caso es que sus manos se soltaron y los pies abandonaron el suelo de la carlinga.

No le oí gritar. Lo único que recuerdo es su imagen, dando volteretas y cayendo cada vez con mayor velocidad, empequeñeciéndose rapidísimamente hasta desaparecer en la distancia.

El piloto consiguió nivelar por fin el avión y la puerta se cerró con seco chasquido. Entonces se volvió hacia mí con un revólver en su mano derecha.

Me arrojé hacia el lado opuesto, esquivando el primer balazo. Si me situaba hacia la izquierda, el tipo no podría dispararme, puesto que tenía el revólver en la mano derecha. Era un hombre astuto, sin embargo, y además, estaba sujeto por el cinturón de seguridad. Metió alerones a estribor y el aparato se ladeó violentamente. La puerta se abrió un poco.

Resbalé desesperadamente por el suelo, tratando de esquivar el segundo disparo que me rozó la hombrera de la chaqueta. El piloto

acentuó aún más la inclinación.

Mis pies asomaron fuera del aparato. Sentí en los tobillos el violentísimo golpe del aire. Empecé a resbalar inexorablemente hacia abajo. El desierto me esperaba a dos mil metros de distancia en vertical.

Súbitamente, un asidero pasó ante mis ojos. Me agarré a él con el frenesí del náufrago que encuentra un clavo ardiendo. Era el extremo inferior de una de las patas de los asientos delanteros, mediante lo cual pude contener la caída que unos instantes antes me había parecido inexorable. Pero todavía me quedaba otro peligro que vencer.

El piloto se dio cuenta de que ya no caería. En consecuencia, metió alerones a babor y el aparato se niveló. Entonces sacó la mano armada por encima del respaldo del sillón.

En esta ocasión conseguí ser un poco más rápido que él. Había esperado algo similar, de modo que me agarré a sus muñecas con ambas manos.

El revólver escupió un fogonazo. La llamarada me chamuscó la camisa y la bala me pasó rozando el pecho de manera perceptible, aunque sin herirme. Tiré con fuerza de aquella muñeca, sin soltarle para nada, en tanto el piloto empezaba a gritar y a aullar de modo frenético.

El avión quedó unos instantes sin gobierno. Empezó a dar bandazos de un lado a otro, de tal modo que todas sus estructuras crujieron de modo alarmante. Pero yo no soltaba la presa que había hecho. O me salvaba o nos estrellábamos los dos.

Al fin, y aunque a trompicones, pude ponerme en pie. Retorcí cruelmente la muñeca, y el revólver cayó al suelo. El aviador juró obscenamente algo que no logré entender a causa del rugido del motor.

Me apoderé del revólver en un tiempo brevísimo, y sin vacilar lo apliqué a la sien del piloto. El rostro del forajido se tornó del color de la ceniza.

—Y ahora —dije, temblando todavía a causa de la excitación que me había producido el combate—, vuelve a casita. Vuelve o juro que te vuelo el cráneo, aunque tenga que estrellarme después.

El piloto debió comprender que mi amenaza no era broma. Y tal como estaban las cosas, así era. Yo había perdido por completo el

control de mí mismo y en aquellos momentos estaba dispuesto a cometer cualquier barbaridad.

El piloto dio media vuelta y emprendió el camino de regreso, a la vez que perdía altura. No sabía el tiempo que había permanecido inconsciente, aunque calculaba, de todas formas, que no me hallaba demasiado lejos de casa de Lon Rellon. Se iban a llevar una, buena sorpresa cuando vieran regresar el avión y se encontraran conmigo en lugar de uno de los esbirros.

De pronto, el motor empezó a toser. Se paró un momento y luego reanudó la marcha. Pero funcionaba de un modo irregular, con alternativas de sonido rítmico y toses espasmódicas.

—¿Qué pasa? —grité al piloto.

Éste tardó unos segundos en contestar. Al cabo me dijo:

—Nos estamos quedando sin gasolina.

—¿Cómo puede ser eso? —chillé.

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Tenía la carga casi completa cuando despegamos.

Miré hacia abajo. El motor se había parado ya, y un penetrante silbido había sustituido a su monótono ronroneo. El desierto subía rápidamente hacia nosotros.

Creí ver a lo lejos unas manchas de verdor, en dirección sur. Pero al perder cota, desaparecieron inmediatamente tras el horizonte. El piloto hacía describir continuos círculos a su aparato, con el fin de planear, a la vez que buscaba un terreno apropiado para el aterrizaje.

Unos minutos después nos hallábamos casi a nivel del suelo. Podría ser un forajido aquel individuo, pero su habilidad como piloto era algo que no admitía discusión, Supo aterrizar con un mínimo de daños en un lugar sembrado de piedras y hoyos, que me erizaron el vello al divisarlo desde arriba.

El avión se detuvo segundos después sin más incidentes. Entonces, antes de que hubiera podido soltarme el cinturón de seguridad, que me había colocado en previsión de un posible accidente en la toma de tierra, el piloto se soltó el suyo y se lanzó a través de la portezuela como una bala.

—¡Eh! —grité, saltando tras él. Quería interrogarle a toda costa; sus declaraciones podían ser para mí de gran valor—. ¡Deténgase, estúpido! ¡Deténgase o dispararé!

Salté al suelo y tomé puntería. El piloto corría desesperadamente a través del desierto, sin hacer caso de mis intimaciones. Ya me había sacado quince o veinte metros de delantera y, a poco más que corriese, conseguiría ponerse fuera de tiro del revólver.

Apunté con todo cuidado y disparé. Quería herirle solamente para detenerle; no me gusta matar a la gente por la espalda. Ni de ninguna forma, desde luego, pero en aquellas circunstancias, era vital para mi detener al individuo.

El tiro salió. Quiso mi mala suerte que el piloto tropezara en aquel instante y cayera de bruces. La bala, que debía haberle herido en una pierna, en una cadera cuando más, le alcanzó de lleno en la nuca. Se desplomó de cara al suelo y ya no se movió.

Arrojé el revólver con gesto rabioso. Luego me encaminé hacia donde estaba el caído, arrodillándome a su lado.

Me desagradó profundamente haberle matado. No quería hacerlo, ésta es la verdad. Nunca es agradable cortar el hilo de una vida humana, por muy canalla que sea el individuo. Pero en aquel caso, el piloto, vivo, me habría sido de suma utilidad por las declaraciones que podría haber hecho, y que ya no haría nunca.

No encontré sobre su cuerpo el menor detalle que pudiera proporcionarme alguna pista. El sol caía con fuerza y el recuerdo de otra ocasión anterior en que me había visto expuesto a sus furores me hizo temblar.

Volví junto al aeroplano, colocándome bajo la sombra de una de las alas. Fui a encender un cigarrillo, pero un olor característico me hizo detener el gesto de encender la cerilla.

¿Por qué olía tan penetrantemente a gasolina?

Pronto pude saberlo, pasando al otro lado, donde se oía un lento goteo. Vi un orificio en la parte inferior y más gruesa de una de las alas, abierto por el proyectil que me había disparado el piloto. Todavía caían algunas gotas de esencia y entonces comprendí que aquel disparo había sido el que había provocado el aterrizaje forzoso del avión.

De pronto recordé la mancha verde que había visto en el horizonte, hacia el sur. Esto me dijo que no me hallaba lejos de lugar habitado. Aquella mancha debía proceder, sin duda, de alguno de los jardines de las casas situadas en el desierto. Calculando a ojo la altura en que la había visto, pude estimar que

debía caminar unas veinte millas antes de llegar a lugar habitado. Por supuesto, no podría hacerlo mientras fuese de día. Era forzoso, pues, esperar a que llegase la noche.

Busqué una sombra y me tendí en el suelo. Empecé a pensar en cuanto me había pasado, pero sin haber cómo, me encontré dormido.

CAPÍTULO XII

Pat me miró con ojos desorbitados por el asombro. Su asombro procedía de dos causas: una, mi inesperada aparición, y otra el aspecto que debía ofrecer a las siete y media de la mañana del día siguiente, después de veintitantas millas a pie.

Estuvo unos segundos mirándome como si fuera un aparecido. De pronto extendió los brazos y se arrojó sobre mí.

—¡Lionel! —exclamó, apretándose con fuerza contra mi cuerpo.

—Hola, Pat —dije, acariciándole suavemente el cabello.

—¡Oh, Dios mío, creí que no ibas a volver! Pensé que esos… esos forajidos te habrían matado.

—Pues no será porque no hayan hecho todo lo posible para ello, querida —respondí.

—¿Qué te ha sucedido, Lionel? Cuéntamelo todo, por favor; estoy ansiosa de saberlo.

—Pat, no podré hablar una sola palabra más, si antes no me das algo de comer y de beber. Estoy hambriento, sediento, muerto de fatiga y muchas cosas más, ninguna de ellas buena.

—Sí, querido, sí —dijo ansiosamente.

Dio media vuelta, pero antes de que pudiera avanzar un solo paso, la atrapé por el brazo y la atraje de nuevo hacia mí.

Contemplé sus ojos fijamente durante un momento.

—Pat —murmuré.

—Querido —susurró, echándome los brazos al cuello y devolviendo con fogosa pasión el beso que le daba.

Luego se separó, con el rostro muy encarnado y los ojos brillantes.

—Siéntate y espera, cariño —dijo, con radiante sonrisa—. Ahora mismo te traeré de comer.

Me despojé de la chaqueta, que arrojé con gesto cansado en una silla próxima. Luego me descalcé. Los pies me ardían y disfruté por

anticipado con el baño que me iba a tomar apenas hubiera satisfecho las necesidades más elementales.

Pat volvió momentos después con una gran bandeja, en la cual había huevos, jamón, tostadas, mermelada, mantequilla y café en cantidades industriales, además de una gran jarra con agua helada. Bebí un par de vasos, sintiendo correr deliciosamente el líquido por mi polvorienta garganta, y aseguro que no he tomado en mi vida bebida más agradable. Aunque sea de noche, caminar más de veinte millas por el desierto es una prueba que no recomiendo a nadie.

Después me puse a comer. No me detuve hasta que todos los platos estuvieron completamente limpios. Entonces, con una taza de café en una mano y un cigarrillo en la otra, empecé el relato de mis aventuras. Mientras hablaba, entró la dueña de la casa, la cual escuchó silenciosamente mi narración. Al terminar, la apunté con el dedo, acusadoramente.

—Y de todo esto tiene usted muy buena parte de culpa, señora Corkins —dije.

Ella se sofocó violentamente.

—¿Por qué, Glengan? —preguntó.

—Dice que le sobra el dinero, pero no lo demuestra. Sus hijastros se han metido en mi buen lío. No les voy g, exculpar por completo de todo lo que han hecho, puesto que ya son mayores y saben o deben saber lo que se hacen. Pero posiblemente no se habrían metido de patas en este embrollo, si usted hubiera sido más comprensiva con ellos.

Hice una pausa para terminar el café. Elaine Corkins permanecía rígida en su asiento, inmóvil como mía estatua, amo ser por los rítmicos movimientos de su ampuloso pecho.

—Dijo que espera que vengan con el sombrero en la mano —continué—. Ellos tienen también su parte de razón. ¿Por qué no ha ido a ofrecerles un ramo de olivo? Me lo supongo; es demasiado orgullosa para ser la primera en humillarse, y quiere que sean Lon y Fay los que vengan aquí, ¿no es cierto?

—No sabe lo que se está diciendo, detective —contestó con soberana frialdad.

Se puso en pie y dio media vuelta, sin añadir una sola palabra.

Pat se inclinó en su silla hacia mí y me tomó por las manos, mirándome fijamente.

—Creo que has sido un poco injusto con ella, querido.

Aplasté el cigarrillo en el cenicero y me puse en pie, Miré a Pat desde un plano superior.

—Se dice de las personas con suficiente inteligencia que no pecarían si ellas no quisieran; pero muchas veces se peca por falta de una mano tendida generosamente.

Pat asintió con gesto pensativo.

—Comprendo —murmuró—. Tus palabras tienen una buena parte de razón.

Me incliné hacia ella y rocé su mejilla con los labios.

—Voy a dormir —dije—. Hasta luego, querida.

—Hasta luego, Lionel.

Después de un buen baño, me acosté en la cama. Estuve durmiendo hasta la noche, en que me vestí ligeramente y bajé al comedor, justo a la hora de la cena.

Ésta se desarrolló en un sombrío silencio. Pat trató de animarla, pero todos sus esfuerzos fracasaron.

Elaine Corkins no hacía más que mirarme de modo casi continuo, pero cuando levantaba mis ojos, ella se apresuraba a desviar la vista a un lado. Estaba seguro de que quería decirme algo, pero no se atrevía, o quizá esperaba un momento más propicio para ello.

Estábamos terminando de cenar, cuando sonó el teléfono en el *living*. Oímos la voz de Baptiste y, poco después, el mayordomo entraba en el comedor.

—Llaman al señor —dijo obsequiosamente.

Deposité la servilleta sobre la mesa y me puse en pie. Pat me miró extrañada. Levanté los hombros; yo tampoco me imaginaba quién podía ser el autor de aquella llamada.

Salí del comedor. Tomé el teléfono.

—Habla Glengan —dije.

Antes casi de que pronunciara su nombre, ya había reconocido la voz pastosa y sensual de mi interlocutora.

—Soy Fay Clarence —dijo—. Señor Glengan, necesitaría hablar con usted urgentemente.

Torcí el gesto.

—Usted sabe dónde estoy. ¿Por qué no viene a verme aquí?

—Imposible, señor Glengan.

—¿Acaso es por no verle el rostro a su madrastra?

—No se preocupe por ello —respondió tajantemente—. Escuche; es importante que venga. No tarde, se lo ruego.

—Está bien, está bien —dije—. Pero ¿dónde se encuentra usted, señora Clarence?

—En mi casa.

Y colgó, antes de que pudiera añadir una palabra. Deposité el teléfono sobre la horquilla, sumamente pensativo. ¿Se trataba de una celada?

Todo podía suceder. No obstante, después de lo que había oído el día anterior, cuando «Sombrero» quería matarme y ella se oponía, parecíame que había una razonable posibilidad de que su llamada fuese sincera.

Al levantar la vista, advertí que Pat estaba en el *living*, inmóvil frente a mí.

—Era Fay Clarence —dije.

Ella continuó silenciosa.

—Tendrás que darme tu pistola. Quiere que vaya a verla.

—¿Piensas acudir, Lionel?

—Por supuesto. Parece que tiene mucha urgencia en hablarme.

—Yo iré contigo, Lionel —expresó Pat, saliendo de su inmovilidad.

—Ni lo sueñes —respondí abruptamente—. Puedo que haya que correr serios peligros y no quiero que te suceda nada, ¿estamos?

—Iré contigo —insistió. Y por su actitud, comprendí que no lograría hacerla cambiar de idea.

—Está bien —exclamé, levantando los brazos—. Pero date prisa. Fay parece que la tiene. A propósito. Pat.

La muchacha salía ya y se volvió al oír mis últimas palabras.

—¿Sí, Lionel?

—Recuerda. El primer día me dijiste: «Tenga mucho cuidado con Fay Clarence». ¿Por qué?

Ella titubeó unos instantes.

—Me pareció más peligrosa que su hermano, Lionel.

—¿Es que les conoces personalmente?

—Sí.

—¿Cómo has llegado a tal conocimiento?

—Fui a verlos en un par de ocasiones.

—¿Por propia iniciativa?

—Una sí, al poco tiempo de estar aquí, cuando me enteré de los roces entre ellos y tía Elaine.

—¿Y la segunda?

—Me envió tía Elaine como emisario.

—¿Y…?

—Saqué la conclusión de que ella es de un carácter mucho más enérgico y dominante que su hermano, lo cual no significa que Lon sea un tipo blando, ni mucho menos.

—¿De qué hablasteis, en ambas entrevistas?

—Trata de suponértelo, Lionel.

—Comprendo —murmuré.

Y tras unos momentos de reflexión, agregué:

—Desde luego, los dos rechazaron todo intento de aproximación.

—Sí.

—¿Basándose en…?

—Sostienen la teoría de que el dinero de tía Elaine fue primitivamente de su madre. La Ley está de parte de tía Elaine, pero por encima de las consideraciones de tipo legal están las razones sentimentales.

Moví la cabeza.

—Si hay algo que no admite sentimientos en este mundo es el dinero, Pat.

Ella suspiró profundamente.

—Lo comprendo, Lionel —hizo una pausa—. Pero tú debes comprender también a tía Elaine. Está muy resentida con el odio que los dos hermanos le han mostrado en todo momento.

—El papel de madrastra es siempre un poco difícil. Se necesitan unas grandes dotes diplomáticas para que los hijos que no son los propios acaben queriéndonos como si fueran nuestros.

—Sí —concordó Pat—. Posiblemente, tía Elaine fue siempre un poco brusca. Y si ellos, además, querían mucho a su madre, es lógico que se haya llegado a la situación actual.

—Que es muy parecida a la del que está fumando encima de un barril de pólvora.

—Exactamente, Lionel.

Reflexioné unos instantes. El orgullo, la incomprensión, los

sentimientos heridos, el recuerdo de una madre que otra mujer no había sabido o no había podido sustituir… Pero ¿eran motivos suficientes para producir toda aquella serie, de asesinatos?

—Una última pregunta, Pat.

—¿Sí, querido?

—El avión que vi en el hangar, ¿de quién era?

—De Lon, supongo.

—¿Tiene licencia de piloto?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Supongo que sí. La Comisión Estatal Aérea no le permitiría volar si así no fuera, Lionel.

—¿Estás segura de que es él quien maneja el aparato cuando vuela?

Pat me miró sobresaltada.

—Lionel, ¿qué es lo que quieres decir?

—Nada. Anda, Ve arriba y tráeme inmediatamente esa pistola. —Extendí el brazo acusadoramente hacia ella al agregar—: Pero una advertencia: no te extralimites, ¿me comprendes?

Parpadeó en señal de asentimiento.

—Por supuesto, querido… Vuelvo en un segundo. —Y cuando ya estaba en la puerta del *living*, giró la cabeza y dijo—: No me hagas la faena del otro día, ¿eh?

—Descuida —contesté, mientras encendía un cigarrillo y pensaba en lo que quería decirme Fay Clarence.

Mientras Pat se disponía para salir, volví al comedor y estuve hablando unos momentos con la dueña de la casa, hasta que oí la voz de la muchacha en el vestíbulo.

Entonces suspendí el interrogatorio, que por otra parte, estaba ya a punto de terminar, y dejando a la señora Corkins sola, me dirigí hacia la salida.

CAPÍTULO XIII

Las estrellas brillaban fríamente en lo alto del cielo del desierto. Todavía tardaría la luna bastante rato en salir, lo cual hacía que la oscuridad fuera casi absoluta.

Detuvimos el coche a unos cincuenta metros de la casa. Luego recorrimos el resto del camino a pie, hasta llegar a la puerta que tan bien conocía y que en esta ocasión se hallaba abierta de par en par.

Me detuve antes de cruzar el umbral. Se veían algunas luces en las ventanas del edificio, cosa que se me antojó de mal agüero. Había gente en la casa en aquellos momentos, en contraste con las dos ocasiones anteriores, en que la había hallado desierta. ¿Qué clase de trampa me había preparado Fay Clarence?

Saqué el revólver del bolsillo, sintiendo un infinito alivio al escuchar el
«cric-cric»
del barrilete al hacerlo girar unas cuantas veces para comprobar lo perfecto de su funcionamiento. Luego tomé a Pat por el brazo y echamos a andar, procurando pisar con la mayor levedad posible, a fin de apagar el crujido de la arena.

Llegamos al vestíbulo, que aparecía completamente iluminado. Primero entré yo, pistola en mano, como una especie de avanzadilla exploratoria. Al no divisar nada de particular, hice una señal a Pat.

La mansión, aunque iluminada en su casi totalidad, aparecía silenciosa, con un silencio espeso y lúgubre, que puso frío en mi espina dorsal.

¿Dónde estaba la opulenta Fay Clarence?

Levanté la voz, pronunciando su nombre en voz alta. Pat se sobresaltó tanto, que no pudo por merlos de exhalar un grito de susto, a la vez que se me agarraba con fuerza.

—Suéltame —gruñí descontento, porque me había inmovilizado el brazo armado.

—Lo siento —respondió con acento contrito—. Pero me asustaste tanto…

Volví a gritar. El silencio se hizo de nuevo tras apagarse los ecos de la llamada.

En vista de que nadie me contestaba, decidí examinar las habitaciones una por una. La primera que miré fue la situada a, la izquierda de la entrada (una especie de salón de estar y biblioteca), la cual aparecía totalmente desierta.

—Pues aquí no hay nadie —dije—. Tendremos que mirar en otro sitio, Pat.

Pat, no contentó. Fruncí el ceño y volví la cabeza, dándome cuenta de que estaba solo.

—¡Pat! —chillé, saliendo de la estancia a todo correr—. ¡Pat!

Ella salió entonces de la habitación frontera.

Su aspecto me asustó terriblemente. Estaba palidísima, y el tono atezado de su rostro había adquirido una coloración terrosa, muy poco agradable. Parecía haber perdido las fuerzas, hasta el punto de necesitar apoyarse en la jamba de la puerta para no caer al suelo.

Corrí vivamente hacia ella y la sacudí por los hombros.

—¡Pat, Pat! ¡Contesta! ¿Qué te sucede?

Ella abrió la boca para decir algo, pero no consiguió otra cosa que emitir unos sonidos incoherentes. Entonces levanté la vista y miré por encima de su cabeza.

Fay Clarence estaba allí, en la pieza inmediata, que era el comedor, sentada en el lado opuesto de la mesa. Estaba muy erguida y sus hermosos ojos me contemplaban fijamente.

Sus ojos me contemplaban, pero no me veían. No captaban mi imagen, ni ninguna otra. Eran los ojos de un cadáver.

Bajando un poco la vista, pude advertir el mango de un puñal que asomaba por su pecho. La puñalada había sido asestada en el corazón, un poco por debajo y hacia el centro de sus senos. Había brotado un delgado hilillo de sangre que le había corrido por el pecho hasta el regazo. Su mano derecha estaba apoyada en el borde de la mesa, en tanto que la izquierda pendía laciamente.

Tragué saliva un momento, antes de resolverme a dar un paso. Al fin, soltando a Pat, penetré lentamente en el comedor, rodeando la mesa hasta situarme al lado de Fay Clarence.

Toqué su mejilla. Todavía estaba tibia, lo cual me hacía suponer

que su muerte se había producido mucho antes. Por supuesto, después de su llamada telefónica.

¿Por qué la habían asesinado? Empezaba a suponer los motivos, aunque no los conocía todos con exactitud. Pero de una cosa, sin embargo, estaba seguro: la mano de «Sombrero» había tenido mucho que ver con aquella puñalada tan certera. El rostro hermoso de Fay apenas si aparecía deformado por el dolor, lo cual indicaba que el fallecimiento se había producido de modo instantáneo.

De repente, vi en la mesa un lápiz. Estaba junto a la mano derecha de Fay. Esto me dijo que la mujer debía haber querido escribir algo, posiblemente intuyendo su próxima muerte. ¿Qué era lo que había querido decirme?

Seguí con mis pesquisas. Di la vuelta al cuerpo y entonces advertí en su mano izquierda, sujeto con los dedos pulgar e índice, un minúsculo trocito de papel. Se lo quité con infinita suavidad, comprobando que pertenecía in duda al documento que Fay había querido dejar tras sí en caso de morir, como efectivamente había sucedido.

El trocito de papel pertenecía al ángulo superior izquierdo de la cuartilla. Lo examiné con todo cuidado, viendo que sólo había una letra en el mismo: una «R» mayúscula, de trazo inconfundiblemente femenino.

¿Ray? ¿Quién era aquel Ray? ¿El hombre que había decidido mi muerte, «Sombrero»?

Guardé muy pensativo el fragmento de papel. Nada se podía hacer por la infeliz Fay Clarence. Nada, excepto encontrar a su asesino y darle su merecido. Pero ¿dónde estaba Ray «Sombrero»?

Volví junto a Pat, la cual me miró con gesto implorante.

—Aquí no tenemos nada que hacer —dije—. Está muerta.

Pat asintió.

—¿Vas a llamar a la policía?

En el primer momento, me sentí inclinado a contestar afirmativamente. De pronto, recordé una cosa.

—Vamos arriba —dije súbitamente.

Pat trató de resistirse. Estaba amedrentada, pero al ver que se exponía a quedarse sola, acabó por acceder.

Subimos al piso superior y busqué de inmediato la habitación en donde había visto a «Sombrero» hacer sus manipulaciones con el

cuadro. Entramos en ella, sin dejar de observar las correspondientes precauciones, y lo primero que vi, al cruzar el umbral, fue una llavecita dejada al descuido sobre una pequeña consola Situada frente al cuadro.

Tomé la llavecita y la hice saltar en mi mano un par de veces. Luego me dirigí al cuadro, haciéndolo girar sobre sus bisagras. El cofre, que no tenía nada de fuerte por cierto, quedó al descubierto en el acto.

Inserté la llave en la cerradura, y la hice girar. Fui a abrir la puertecita de hierro, pero sólo pude lograrlo hasta una tercera parte de su giro completo.

Pat pegó un grito que hizo temblar las paredes. Casi antes de que tuviera tiempo de volver la cabeza, cargó contra mí, con los brazos extendidos, derribándome de espaldas al suelo.

Ella quedó sobre mí. Estaba terriblemente pálida, y sus dientes castañeteaban de un modo que me recordaron los crótalos de la serpiente que estuvo a punto de matarme.

—Lionel —dijo con un susurro.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—De… detrás de ti… Frente al cua… cuadro…

—Vamos a ver, querida —dije, bastante fastidiado—. Procura ponerte en pie, y sobre todo tranquilízate, por el amor de Dios.

Ella asintió. Nos pusimos en pie y luego miré hacia el lugar indicado.

Los cabellos se me pusieron literalmente de punta al comprobar lo cerca que había estado de la muerte. Ni siquiera cuando me ataron al desierto o pretendieron lanzarme del avión había corrido un riesgo semejante al de ahora.

Frente al cuadro había una abertura rectangular en la pared, de unos setenta centímetros de largo por cincuenta de alto. Dos pistolas ametralladoras, desprovistas de su culatín, pero por lo demás en aparente buen estado de funcionamiento, aparecían en la abertura, apuntando en aquellos momentos al techo.

Entonces comprendí las facilidades que nos había dado «Sombrero» para abrir la caja fuerte. El asesino estaba completamente seguro de que cualquiera podía abrirla, pero ese cualquiera no disfrutaría nunca de su hallazgo.

Fui hacia la caja y cerré suavemente, mirando hacia la abertura.

Las ametralladoras bascularon hacia adentro y desaparecieron. Después, se levantó una trampa y la pared volvió a quedar como estaba, advirtiéndose apenas una fina línea que indicaba la separación entre la cubierta y el muro.

Aquél era el ardid más diabólico que he visto en mi vida. El incauto que pretendiese abrir la caja, bien con la llave, bien con medios más expeditivos, resultaría fulminado por las descargas que soltarían las ametralladoras, las cuales, seguramente, empezarían a funcionar apenas la puerta de la caja hubiese completado el giro de noventa grados.

Sudé copiosamente en tanto miraba a Pat. De no haber sido por el oportuno gesto de la muchacha, ahora estaría convertido en un cadáver acribillado a balazos.

—¡Dios mío! —murmuró ella, temblando todavía.

—Cálmate —dije—. Estoy bien, pero, por lo que más quieras, no te coloques en la línea de tiro.

Volví de nuevo junto al cuadro.

Con infinito cuidado, abrí un poco la caja, a la vez que miraba hacia el lado opuesto. La trampa cedió hacia abajo y las ametralladoras empezaron a bascular en sentido opuesto.

Detuve el giro de la puertecilla, cuando ya las armas habían completado la mitad del suyo, esto es, cuando habían alcanzado una inclinación de cuarenta y cinco grados. Pat me contemplaba ansiosamente mientras tanto.

Medité unos momentos. Era evidente que tenía que hacer algo. Podía meter la mano dentro del hueco, más no podía llegar a su fondo, alcanzando lo que había en su interior. Para lograrlo tenía que introducir casi todo el brazo, y entonces era preciso abrir la caja por completo. Y si lo hacía, las ametralladoras, empezarían a funcionar.

Hice trabajar a mi imaginación durante algunos momentos, en tanto Pat me contemplaba expectantemente. De pronto, recordé un detalle.

«Sombrero» había cerrado la caja y luego el cuadro. Después había colocado la mano derecha sobre la pared, junto al cuadro, como si oprimiera algún resorte. Era claro que cuando él manejaba la caja no podía arriesgarse a convertirse en un colador.

Por lo tanto, era lógico suponer que había algún medio de

inutilizar las ametralladoras. ¿Cuál era ese medio?

Cerré la caja y luego el cuadro. Acto seguido, empecé a mirar a la derecha de éste, recorriendo la pared con la vista centímetro a centímetro.

De pronto capté la imagen de una leve protuberancia que apenas si se distinguía en el empapelado de la pared. Resultaba evidente que aquél era el resorte que desconectaba el mecanismo eléctrico para mover las metralletas.

Fui a oprimirlo, pero en aquel momento, Pat me agarró él brazo nerviosamente.

—Lionel, escucha. Viene alguien.

Me volví hacia la puerta de entrada. Rumor de voces se oía en el piso bajo. No pude reconocer a sus dueños, porque tampoco habían elevado mucho el tono, más era patente que sus intenciones al venir a la casa a una hora tan intempestiva no tenían nada de honestas. ¿O quizá se trataba del propio «Sombrero»?

—Tenemos que escondernos, Lionel —dijo la muchacha—. Imagínate que suben aquí y nos ven.

Pat tenía razón. Fuera quien fuera, si nos encontraban allí nuestras vidas correrían un serio peligro. Claro que tenía un revólver para defenderme, pero no sentía el menor deseo de arriesgar a Pat.

—Aquí, Lionel —dijo ella, tirando de mí, hacia una gran ventana que en aquellos momentos estaba cubierta por unos cortinajes que llegaban hasta el suelo.

—Espera un momento —murmuré. Era preciso que nuestra presencia pasara desapercibida del todo en la casa. Dejé la llavecita donde la había encontrado y volvimos junto a la ventana, situada a un metro escaso del mortífero nido de ametralladoras, en la misma pared.

La ventana hacía hueco. En realidad, era la salida a un balcón que daba a la piscina. Nos ocultamos tras los cortinajes y aguardamos con los nervios en tensión.

Poco después oímos pasos de personas que subían al piso superior. Había dos por lo menos, una de cuyas voces identifiqué al instante.

Pat y yo nos miramos con absoluta estupefacción. Jamás nos hubiéramos imaginado semejante cosa. Así se comprendía por qué

los forajidos estaban tan bien enterados de mis pasos. No podía ser de otra forma.

Saqué el revólver y lo amartillé en silencio. No pelearía sino hasta el último extremo, pero tampoco estaba dispuesto a entregarme como un corderino.

Los pasos de los individuos se detuvieron en el descansillo. Escuché sus discusiones, sin comprender del todo lo que decían. No obstante, pude reconocer otra voz a la vez que escuchaba una tercera. Entonces conocí la identidad de los que venían.

Aguardamos allí un rato con los nervios en tensión. Debíamos permanecer ocultos hasta que se hubieran ido. Mientras tanto, nos era forzoso continuar detrás de los cortinajes.

Oímos ruido de puertas que se abrían y cerraban. Alguien blasfemó obscenamente. Otro reprendió al que había hablado.

Súbitamente, la puerta de la estancia en que nos hallábamos se abrió de golpe. Los tres hombres penetraron en ella.

Atisbando a través de una estrechísima rendija abierta entre los cortinajes pude ver a los tres forajidos, los cuales parecían bastante excitados en aquellos momentos. Uno de ellos era Jack Bryfe, el otro su acólito Pepe Sáchez. Y el tercero…

En todas las obras policíacas, me refiero a las de corte clásico, por supuesto, el mayordomo suele ser un tipo sospechosísimo, que luego acaba siendo el más inocente de todos. Esto se hace para enredar al lector o al espectador y constituye un recurso ya un poco gastado. Pero en la presente ocasión, en que el mayordomo no se me había hecho sospechoso en modo alguno, resultaba que era culpable. El tercer hombre, en fin, era el inefable e impasible Baptiste, tan canalla y rufián como los otros dos.

CAPÍTULO XIV

—¿Estás seguro de que se encuentran en la casa? —preguntó Bryfe.

—Por supuesto. Les vi salir después de cenar —respondió Baptiste—. El fisgón recibió una llamada telefónica y…

—¿Quién era? —le interrumpió Sáchez.

—Una fulana. La Clarence, creo.

—¡Hum! Pues el fisgón no tuvo tiempo de enterarse de nada. Alguien se la cargó antes de que él la viera —comentó Bryfe.

—¿Para qué querría hablarle? —preguntó Sáchez.

—¿Y eso qué diablos importa ahora? —barbotó el jefe de la cuadrilla—. No hemos venido a buscar al detective, sino a por otra cosa muy distinta. Bap —se dirigió al mayordomo—, ¿tú sabes dónde está eso que buscamos?

—Conseguí averiguar que está detrás de un cuadro. Me lo dijo Spadford por teléfono. Pero no tuve tiempo de oír más.

—Entonces debió ser cuando se lo cargaron —dijo Bryfe incisivamente—. Y no hemos vuelto a verle más.

—Posiblemente lo habrán enterrado en el desierto —sugirió Sáchez.

Otro misterio que dejaba de serlo, comenté para mis adentros. Spadford era el tipo cuya sangre goteaba desde el avión y que había sido lanzado al espacio el día siguiente. Deduje que debía ser una especie de cuña que Bryfe tenía introducida en la banda de «Sombrero» y que éste, al enterarse de ello, lo había matado. Era la única explicación que cabía.

Dejé mis comentarios mentales a un lado y continué prestando atención a la discusión que se desarrollaba a pocos pasos de distancia.

—Bueno —resopló Sáchez—. Aquí hay un cuadro. Los otros no tenían nada debajo. ¿Probamos éste, jefe?

—Bueno —concedió Bryfe negligentemente.

Sáchez tanteó el cuadro y luego lo hizo girar hacia la derecha. Inmediatamente; una exclamación de alegre sorpresa se escapó de sus labios.

—¡Jefe, mire, aquí está!

Bryfe hizo chasquear audiblemente la lengua. Se acercó a la caja fuerte y la examinó con todo cuidado.

—Vaya —resopló despectivamente—, pero si esto es una lata de sardinas. Ese tipo es tonto o poco menos.

—¡Hum! —dijo el mayordomo con aire dubitativo. Las uñas de Pat se me clavaron en la carne del brazo. La miré, recomendándole calma con la expresión de mi rostro.

Demasiado sabía lo que pretendía la muchacha. Pero no podía hacer nada para advertir a los forajidos. En el momento en que asomáramos la nariz fuera de los cortinajes, nos freirían a balazos. Creían haber llegado ya a la meta y no se pararían en barras por muerte más o menos.

De repente, Sáchez soltó una exclamación.

—¡Hombre, miren lo que acabo de encontrar!

—¿Esa llave? —dijo Bryfe, con acento reflexivo. Y luego decretó —: Dámela.

Pat y yo estábamos temblando literalmente de horror, porque veíamos lo que iba a suceder. Pero nuestro miedo era aún mayor cuando pensábamos en que no podíamos salir fuera de nuestro escondite, estando todavía aquel trío de granujas en la estancia.

Sonó un leve «¡click!» cuando Bryfe insertó la llave en la cerradura. Me pareció milagroso que no oyeran el terrible bataneo de mi corazón.

La puerta empezó a girar. De pronto, Baptiste soltó una exclamación.

—¡Un momento, Jack Bryfe!

Éste cerró de golpe la puerta de la caja fuerte, pero lo hizo de una forma maquinal, no porque no sintiera deseos de seguir adelante.

—¿Sí, Bap? —dijo.

—Bien —continuó el mayordomo—. Ya tenemos el negocio resuelto. Y ahora que hemos llegado a buen término, ¿cuál va a ser mi parte?

Bryfe frunció el ceño.

—¿Tu parte? Lo convenido, claro. El veinte…

Baptiste sacudió la cabeza.

—Olvídalo, chico —dijo con un tono que no se parecía en absoluto al habitualmente servil y obsequioso que empleaba en casa de la señora Corkins—. El cincuenta. La mitad para mí, ¿está claro?

—Está claro que te has vuelto loco, Bap —dijo Bryfe, conteniendo difícilmente su cólera—. Nada menos que la mitad. Vaya, ¿quién te ha metido en la cabeza esa idea tan disparatada?

—No me la ha metido nadie, Jack Bryfe —rezongó Baptiste—. Es lo que me merezco. ¡Condenación! he estado trabajando y sudando todo este tiempo, sólo para traerte aquí con las manos limpias y servirte el botín en bandeja… y quieres darme sólo el veinte. Eres tú el que está loco, Jack Bryfe, si piensas que me voy a conformar con esa insignificancia.

—¡Rayos! Entonces, si a ti te da el cincuenta, ¿qué me queda a mí? —protestó Sáchez.

Baptiste soltó una agria carcajada.

—Tu amo te dará algunas migajas, no te preocupes. Vamos, Jack Bryfe, ¿qué es lo que contestas?

La mano de Bryfe se movió de pronto.

—Esto —dijo, y en el mismo instante, sonaron dos secos estampidos.

Baptiste lanzó un grito de agonía y se derrumbó al suelo. Clavé mis dedos en la carne del brazo de Pat, tratando de indicarla por este método que debía permanecer quieta a toda costa.

Pero Bap Baptiste no había muerto todavía. Con el pecho cubierto de sangre, apoyándose en una mano, trató de levantarse, a la vez que con la otra forcejeaba para sacar su revólver.

Bryfe se acercó a él y, con horrible sangre fría, le disparó dos tiros más a la cabeza, desde un metro de distancia. El cráneo del mayordomo voló en mil repugnantes pedazos y su cuerpo quedó inmóvil.

—¡El muy hijo de perra! —masculló Bryfe—. Pretender nada menos que el cincuenta.

—Ahora tiene el cero —dijo Sáchez con lúgubre ironía.

Los dos hombres se miraron fijamente durante unos segundos. Luego Bryfe rompió a reír.

Sáchez rió también. Rió abundantemente, hasta que se le saltaron las lágrimas. Las risas de los dos forajidos llenaron con sus trémolos siniestros el ambiente.

Las carcajadas de Sáchez cesaron de pronto. Sus ojos amenazaron con saltársele fuera de las órbitas.

—¡Jefe! —chilló, lívido de espanto—. ¿Qué es lo que hace?

Sonó otro disparo. A través de la rendija vi a Sáchez llevarse las manos al estómago, curvándose sobre sí mismo.

Bryfe se acercó al individuo y apoyó el cañón del revólver en su frente. Luego apretó el gatillo, y el cráneo de Sáchez estalló como un melón maduro.

El pandillero cayó al suelo, cruzado sobre el cadáver de Baptiste. Sonó una escalofriante carcajada.

—Y ahora, el cien por cien para mí —dijo Bryfe con acento estremecedor, volviéndose hacia la caja.

Estuve a punto de detenerle con un disparo en una pierna, por ejemplo. Pero una hiena humana no se merecía un trato tan considerado. Rectifiqué apenas concebida la idea.

Bryfe hizo girar de nuevo la llave en la cerradura. Luego abrió de golpe.

Un profundo trueno invadió la habitación cuando las dos ametralladoras empezaron a vomitar su mortífera carga sobre Bryfe. El estuco que había bajo el panel voló por los aires en todas direcciones.

En el primer momento, Bryfe se mantuvo inmóvil, con ambas manos crispadas en el borde de la caja fuerte, situada, más o menos, a la altura de su vista. Lo único que se movía de él era su cuerpo, sacudido por el incesante chorro de proyectiles que caían encima, vomitado por las dos ametralladoras desde cuatro metros de distancia.

Una de las ametralladoras debió moverse ligeramente en su ajuste, porque la cabeza le voló en mil pedazos. Prácticamente, podía decirse que estaba decapitado.

El fragor de los disparos se acabó al fin. Y Bryfe continuaba en pie, manando ríos de sangre por todas sus heridas, con las manos agarradas convulsivamente al borde de la oquedad.

Los dedos se le aflojaron de pronto. Sin hacer el menor ruido, rígido como un pelele de madera, se desplomó a un lado, quedando

tendido en el suelo en medio de un lago de líquido rojo.

Pat no se pudo contener y se me abrazó estrechamente, hundiendo el rostro en mi pecho, para no contemplar el espectáculo de aquella cámara de horrores. Su cuerpo temblaba espasmódicamente y era evidente que si no la socorría pronto, acabaría víctima de un colapso nervioso.

La sacudí un par de veces y ella alzó hasta mí sus ojos llenos de lágrimas.

—Escucha, Pat —dije—, sé fuerte. Tenemos que salir de aquí.

—Sssssí… —dijo con voz que era más bien un balido.

—Procura no mirar. En todo caso, piensa que eran unos forajidos y que no han hecho sino recibir lo que se merecían.

—Sí, Lionel —contestó, castañeteándole los dientes.

La tomé por los hombros y aparté a un lado los cortinajes, sacándola de la habitación, de modo que no pudiera contemplar el horroroso espectáculo que ofrecían aquellos tres cuerpos tendidos en el suelo sobre arroyos de su propia sangre.

Al llegar al descansillo la tomé por ambos hombros y la apoyé contra la pared.

—Aguarda aquí un momento —dije.

—No tardes, Lionel —contestó susurrando—. No tardes o me caeré redonda.

—Vuelvo al instante, cariño.

Regresé a la habitación y llegué a la caja fuerte. Alargué el brazo y tomé una bolsa de lona, en cuyo interior se agitaban unos guijarros. Había bastante, a juzgar por el peso, pero no me entretuve a examinarlos, sino que salí de la habitación a paso de carga.

Llegué junto a la muchacha y la tomé por el brazo.

—Vamos —dije.

Echamos a andar escaleras abajo. Mis intenciones eran buscar un teléfono y llamar a la policía. Recordaba que había visto el teléfono en la sala de estar, frente al comedor donde se hallaba el cadáver de Fay Clarence.

Llegamos a la habitación y obligué a la muchacha a sentarse en un diván. Pat aparecía terriblemente pálida y daba la sensación de ir a desmayarse de un momento a otro.

Busqué con la vista algo de beber y encontré un aparador de

licores en un ángulo de la estancia.

Descorché una botella y llené dos vasos sin añadir agua. Los dos lo estábamos necesitando. Entregué un vaso a Pat y yo bebí del otro.

El *whisky* nos reconfortó notablemente. Los colores volvieron al rostro de Pat.

Entonces vi sobre una mesa la bolsa por cuya posesión habían muerto Bryfe y sus compinches. Desaté los cordones y, tomándola por los fondillos, la volqué sobre el tablero.

Una catarata de fuego verde se desparramó al instante sobre el vidrio. El resplandor de las esmeraldas fulgía con leves alternativas de brillo, según incidieran sobre ellas los rayos luminosos de la lámpara del techo.

Pat y yo contemplamos fascinados el espectáculo. Nuestro silencio duró algunos minutos.

De pronto recordé una cosa. El teléfono.

Estaba en una mesita próxima. Fui hacia el aparato y lo toqué con los dedos.

Pero no pude levantarlo. Una voz fría, desapasionada, sonó de repente en la puerta de la sala.

—Deje el teléfono, señor Glengan.

CAPÍTULO XV

Hice lo que me decían y me volví hacia el recién llegado. Pat trató de ponerse en pie, pero la obligué a sentarse de nuevo.

—Ten calma, querida —dije—. No te muevas, por favor.

Ella asintió. Como yo, miraba al recién llegado, quien no era otro que «Sombrero», situado detrás de una pistola automática de desagradable aspecto.

«Sombrero» rió siniestramente.

—Aquí se acaba la historia, detective —dijo.

—¿Está seguro de ello, Raymond Clarence? —pregunté.

«Sombrero» respingó levemente. Por su parte, Pat exhaló un gritito de sorpresa.

—Raymond Clarence —repitió, estupefacta.

—El mismo, señorita —contestó el criminal, haciendo una galante reverencia, destocándose incluso.

Pat me miró acusadoramente.

—Entonces, tú lo sabías —dijo.

—A medias —respondí—. Llegué a sospechar de ello cuando observé las contradicciones sobre las causas que originaron la muerte de Clarence. Tu tía dijo que era una peritonitis, primero. Hace una hora o poco más, dijo que había sido a consecuencia de una apendicitis. Claro está que si esta enfermedad no se corta a tiempo y se propaga la infección por el peritoneo, entonces surge la peritonitis, imposible de atajar. Después, Fay Clarence, cuando le hice la misma pregunta, no me quiso contestar de modo claro. Mejor dicho, de ninguno. Esto me hizo pensar que tal vez Raymond Clarence no estaba tan muerto como parecía.

Miré hacia el aludido.

—¿A quién enterraron en su lugar? —pregunté.

El asesino rió de buena gana.

—No murió ninguna persona. Simulamos la muerte,

simplemente. Un médico amigo nuestro se prestó a facilitamos el certificado de defunción. Luego se hizo un simulacro de entierro. Fay se portó entonces como una magnífica actriz.

—Pero… el cadáver…

—Usted sabe qué sucede en los crematorios. Muchas personas prefieren que sus cuerpos sean incinerados en lugar de sepultados. En este caso, el cadáver es incinerado junto con el ataúd de madera, desprovisto de todos sus herrajes, por supuesto. Luego, las cenizas se colocan en una urna que más tarde se entrega a la viuda o a los familiares del difunto. La urna con mis cenizas —Clarence rió con desfachatez—, está en el dormitorio de Fay, sobre una repisa, en lugar preferente. Claro está que no contiene cenizas de ser humano, sino la de un gran perro danés que teníamos y al cual nos vimos obligados a sacrificar para que, efectivamente, después de la cremación aparecieran cenizas de ser que había sido viviente.

—Y de este modo —observé reflexivamente—, usted pudo entregarse tranquilamente a sus depredaciones.

—Así fue, señor Glengan —concordó el asesino.

—¿Por qué?

—Verá, la policía me andaba siguiendo ya los pasos de cerca. Era preciso despistarles. ¿Qué mejor idea que fingir mi muerte?

—Y de este modo, podría continuar con toda tranquilidad el contrabando de esmeraldas desde Méjico.

Clarence movió la cabeza afirmativamente.

—Desde luego. Es un negocio saneado y que rinde grandes utilidades, señor Glengan.

—Sobre todo —agregué—, ahora que han sido eliminados los competidores.

—Cierto. Bryfe y sus compinches eran una pandilla de buitres enterados de mis actividades. Hacía tiempo que sabían lo que hacía —uno no tiene otro remedio a veces que rozarse con gente de determinada calaña y esto no siempre es seguro, ¿sabe?—. Pero hasta el momento no habían actuado definitivamente contra mí, buscando el momento propicio para dar un buen golpe.

—Éste hubiera sido magnifico —dije, señalando hacia el montón de esmeraldas—. Lo menos hay trescientos mil dólares sobre la mesa.

—Añada cien mil más y puede que se aproxime a la cifra exacta,

señor Glengan —contestó el asesino sin inmutarse.

Me froté la mejilla con el pulgar.

—Fue una buena idea suya lo de montar las ametralladoras frente a la caja fuerte.

Se echó a reír.

—¿Para qué andarme con combinaciones o con cofres de mayor seguridad? Una carga de nitroglicerina bien aplicada puede reventar la puerta más sólida. De esta forma, nadie que abriese la caja podría llevarse su contenido.

—Y no se lo han llevado, en efecto —observé pensativamente, estremeciéndome al recordar el macabro espectáculo del piso superior. De pronto disparé una pregunta—: ¿Fue usted quien mató a su esposa?

El rostro de Clarence se tornó rígido como si se hubiera convertido de repente en una máscara de granito.

—Empezó a perder los nervios —dijo secamente.

—Usted debió sorprenderla cuando me telefoneó.

—Sí.

—Ella —deduje—, hasta cierto punto, había estado conforme en lo del contrabando. Pero se sintió horrorizada cuando empezó a ver que ya no se trataba solamente de defraudar al Tesoro, sino que, además, se cometían asesinatos.

—Tenía mucha fachada —dijo Clarence desdeñosamente—. Pero era muy blanda a la hora de la verdad.

—Y en su profesión es preciso ser duro, ¿no es… cierto?

Clarence me miró con glacial expresión.

—Sí —dijo ominosamente.

Sentí un nudo en el estómago. Pat exhaló un gemido. El cinismo de aquel aborrecible asesino llegaba a límites extremos.

—Es usted un despreciable canalla —dije—. No ha vacilado en cometer uno de los crímenes más repugnantes con tal de conseguir sus bastardas ambiciones. Y lo peor de todo es que, muy posiblemente, Fay estaba enamorada de, usted.

Se encogió de hombros.

—¡Qué importa ya todo! —dijo—. Ahora terminaré con ustedes. Me llevaré las gemas y…

—¿Estás seguro de ello, Ray? —dijo entonces una voz.

Clarence se volvió como un relámpago, tirando sin vacilar

contra el que acababa de hablar.

Lon Rellon se derrumbó en el suelo, quedando sentado con las manos apoyadas en el estómago, del cual empezó a manar la sangre. Miró con turbias pupilas a su asesino. El revólver que había empuñado hasta aquel momento yacía a su lado.

—Mataste a mi hermana —balbució—. Maldito…

—No hables nunca cuando tengas un arma en la mano —sentenció Clarence—. Entonces te expones a recibir un balazo en la tripa… ¡y otro en la cabeza!

Después del segundo disparo, Lon Rellon cayó hacia atrás, sin un solo movimiento más. Acto seguido, el asesino giró de nuevo hacia mí, encañonándome con el arma.

Maldije la inoportunidad de las mujeres. Yo hubiera podido acabar con Clarence, de no haber sido por el espanto de Pat, que la había impulsado a arrojarse en mis brazos, impidiéndome así sacar el revólver. Y ahora era ya tarde para hacer nada contra aquella pistola cuyo negro cañón nos contemplaba malignamente.

—¡Un momento! —exclamé, tratando desesperadamente de ganar tiempo, fuese como fuese—. Explíqueme lo del rifle del piso de arriba y el disco grabado con las respuestas en el teléfono.

El asesino rió perversamente.

—Fue una idea mía —respondió—. Era preciso hacer que esa vieja bruja de Elaine Corkins —ni siquiera quería usar el apellido de su difunto esposo—, continuara creyendo que Lon y Fay ambicionaban su dinero y para conseguirlo habían iniciado contra ella una especie de guerra de nervios. Además, de este modo, cubría nuestras posibles ausencias, porque ella no venía nunca a esta casa.

—Y todo se les estropeó cuando me hizo llamar. Unos y otros querían a toda costa saber qué era lo que había visto yo la primera vez, después de fallar su intento de asesinato.

—Así fue, mi querido detective —sonrió el asesino—. Está vivo gracias a Fay. Ella fue la que avisó… ¿a quién?

Miré a Pat. La muchacha se puso muy encarnada, pero no dijo nada.

—En vista de lo cual —siguió Clarence—, y puesto que ya le habían salvado la vida, era preciso saber exactamente qué era lo que había averiguado durante su primera visita. Del muerto, que era un cómplice de Bryfe, no nos preocupábamos; nunca podría

demostrarlo. Pero en cambio, sí podía haber olido algo del negocio de las esmeraldas, y esto ya no nos hubiese convenido tanto.

—Lo malo es que Baptiste era cómplice de Bryfe y éste se metió en medio.

—En todo caso —rió el asesino—, fue malo para Bryfe y sus pandilleros. Y ahora —su voz se endureció de pronto—, también lo va a ser para ustedes dos. Lo siento; no puedo dejar testigos detrás de mí.

—¿Y se va a ir sin las esmeraldas? —pregunté.

—Me las llevaré, por supuesto.

—Entonces —dije, poniéndome en pie—, permita que facilite su tarea. Voy a colocarlas de nuevo sobre la mesa, dentro de la bolsa.

Clarence me miró con ansiedad. Su mano se crispó en torno a la culata de la pistola.

—Sé lo que está pensando, Glengan —dijo—. Va a poner las esmeraldas dentro de la bolsa y, cuando la haya llenado, me la tirará a la cara. Bien, inténtelo; le aseguro que no será más rápido que la bala que le meteré en las tripas.

Empecé a recoger las esmeraldas, procurando mostrar una serenidad que no sentía en absoluto.

—Jamás se me hubiera ocurrido emplear un truco tan burdo con usted —contesté. «Pero, me dije, si no lo hago así, ¿qué otra salida tengo?».

Y, de pronto, Pat exhaló un hondo gemido. Cerró los ojos, dobló la cabeza sobre el pecho y resbaló del sillón al suelo, derribando al hacerlo la mesita con el servicio de licores, la cual se volcó con gran estrépito.

La vista de Clarence se desvió unos instantes. Esto era lo que yo quería justamente. Agarré la bolsa, casi llena, y se la tiré con todas mis fuerzas a la cara.

Si alguien no sabe lo que es el impacto de una bolsa llena de esmeraldas en pleno rostro, que lo pruebe. Por supuesto, no todos podemos usar esmeraldas, pero sí colocar piedrecitas en su lugar. Y lo menos que hace un golpe de esa clase, es machacarle a uno las narices.

Clarence retrocedió, trastabillando, a la vez que abría los brazos aparatosamente, tratando de recobrar el equilibrio perdido. Su mano chocó contra la jamba de la puerta y la pistola cayó al suelo.

Para entonces yo ya tenía el revólver en la mano. Disparé dos o tres veces, no lo recuerdo exactamente. Lo que sí sé es que tiré a las piernas.

Clarence quedó en el suelo. Una de las piernas, cuando menos, la tenía rota por el balazo recibido en el hueso. Quiso recuperar la pistola, pero yo llegué antes.

Aquel hombre no merecía morir rápidamente. Tenía que padecer durante largos meses antes de que le llegara la hora de aspirar el cianhídrico en San Quintín. Tenía que sufrir mucho y aun así no expiaría del todo la serie de asesinatos que había cometido.

Pat rebulló en el suelo y sus lágrimas se mezclaban con la sangre que brotaba de sus piernas maltrechas. No lloraba por el dolor de las heridas, sino que lloraba pensando en la cámara de gas.

CAPÍTULO XVI

Elaine Corkins me entregó un cheque. Leí la cifra y luego rasgué el papel en cuatro pedazos, que coloqué sobre un cenicero, pegándoles fuego a continuación.

Estuvimos contemplando las llamas, hasta que el cheque quedó reducido a cenizas.

—¿Por qué no lo quiere, Glengan? —preguntó ella.

—Tengo bastante con los mil dólares que me pagó. Ése fue el contrato. La sesión de tiro a las once de la mañana se ha acabado ya.

—Comprendo —murmuró. Parecía mucho más vieja y cansada que el día que la conocí—. Obré mal, creyendo hacerlo bien.

—Sí —concordé, encendiendo un cigarrillo—. Debió haber acudido usted a sus hijastros, en lugar de esperar a que ellos lo hicieran. ¿Por qué no actuó así?

—Sospechaba que Clarence vivía aún —respondió—. Había tomado informes de él antes de casarse con la pobre Fay. Se lo advertí lealmente cuando era aún tiempo, pero ella me mandó al diablo, diciéndome que se casaría con quien le diera la gana. Clarence era un granuja y un vividor ya antes de convertirse en su esposo, y si le hubiera dado el dinero que ella quería, lo hubiese dilapidado en pocos años. Esto era lo que yo deseaba evitar a toda costa.

—Usted no fue franca conmigo —dije acusadoramente—. Tal vez, si se hubiera expresado con mayor claridad, Lon y Fay estarían vivos aún.

Elaine Corkins irguió el busto majestuosamente.

—Hay cosas de familia que sólo los interesados deben conocer —respondió con orgullo.

—Está usted en un error… pero ya es tarde para sacarla de él. —Tomé mi sombrero—. Bien, ya he terminado aquí. ¡Adiós, señora

Corkins!

—Adiós, señor Glengan.

Cuando salí al patio, vi a una persona en mi coche. Abrí la portezuela y me senté al lado del volante, que empuñaba Pat. En el asiente posterior vi un par de maletas.

—Oye, tú, ¿qué es eso? —pregunté.

—Me voy contigo, Lionel —respondió simplemente.

—Pero… ¿tía Elaine?

—Le he dejado una carta. Sabrá comprender. —El rostro de Pat se ensombreció de pronto—. Le conviene una temporada de soledad y meditación.

Suspiró, distendiendo peligrosamente el tejido que cubría su busto.

—Y a nosotros también —añadió.

—No hay nada como la soledad de dos en compañía, ¿verdad? —dije, guiñándole el ojo.

Ella sonrió, a la vez que daba el contacto.

—Exactamente.

Arrancó, y el coche emprendió la marcha hacia la carretera de San Bernardino. Saqué dos cigarrillos y le puse uno encendido en los labios.

Fumamos. Al cabo de un rato, dije:

—Todavía no he tenido tiempo de darte las gracias por una cosa, Pat.

—¿A qué te refieres, Lionel? —me preguntó, muy extrañada, en tanto se quitaba con la mano izquierda el cigarrillo de los labios.

—A tu desmayo. Fingiste maravillosamente, querida. Jamás he visto representar tan bien un desvanecimiento.

Su boca se convirtió de pronto en un circulito de color escarlata.

—¡Nooco…! ¡Mi desmayo fue auténtico, Lionel!

El que estuvo a punto de desmayarse ahora fui yo. ¿Qué hubiese ocurrido si Pat no llega a perder el conocimiento tan oportunamente?

Pero, bueno, a fin de cuentas, ¿no se había pasado ya todo? ¿A qué preocupamos tanto por el pasado, cuando nos esperaba un radiante porvenir?

FIN


MINI
libros
Las más grandes
aventuras,
el más pequeño
formato
MINILIBROS
serie Oeste
4
ptas.
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



¡BARCO A LA VISTA!



FIRMAS QUE REPRESENTAN A

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera Argentina SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

BOLIVIA: Alfonso Tejerina Cortes, Comercio, 1073 - LA PAZ.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Calle 18, número 8-64 - BOGOTA.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Apartado 1.924 - SAN JOSE.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO DOMINGO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717 y Boyacá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 13 Calle número 5-43 GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17 MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 380 - ASUNCION.

PERU: "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegua, 336 LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 2.ª Avda. Sur, 520 Edificio Modelo. Apartamientos 204-205 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485 MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 173 - CARACAS.

Analía Gadé

Con el nombre de María Esther Gorostiza, nació el 28 de octubre de 1931 en Córdoba, Argentina. Está casada con el actor Juan Carlos Torry con el que ha triunfado en la escena y en la pantalla. Ultimamente la hemos visto en "La mentira tiene cabellos rojos".





EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain

N.º 1482